

de opulencia, debidas á la química industrial, que iban metiéndole en el cerebro el alemán y el tío.

Y á unos y á otros los seducía, los corrompía, y los juntaba en una especie de solidaridad del vicio la vida que hacían, *poniéndose el mundo por montera*, según la frase predilecta de Emma, y viviendo alegres, siempre mezclados en conciertos, en jiras campestres, en banquetes á puerta cerrada. En la casa de la Valcárcel, donde un día habían sido parásitos los taciturnos parientes de la montaña, de capa y hongo, ahora, espantadas tales alimañas, vivaqueaban aquellos extranjeros, aquella sociedad heteróclita, que con pasmo y aun envidia de parte de la ciudad, vivía como no se solía vivir en aquel pueblo aburrido, con esa alegría desfachatada, pero atractiva, que los demás miraban desde lejos murmurando, pero deseándola. Muchos jóvenes de las *mejores familias*, que al principio habían cortado sayos á Emma, á Bonis y Marta, ahora callaban y hasta llegaban á defender á los de Reyes y á sus amigos, porque algunas sonrisas de la Gorgheggi, insinuaciones provocativas, aunque *espirituales* de Marta, y, especialmente, invitaciones para saraos y banquetes de Emma, los habían convertido. Hubo más; para hacer callar á muchos, y también instigada

por Bonis, que empezaba á hacerse insoportable con sus moralidades y miedos al qué dirán, Emma se dió arte para agregar á algunas de sus fiestas, si no á las más íntimas, á dos ó tres familias de lo más distinguido de la capital. Una de ellas era la de un magistrado andaluz, que tenía dos hijas como dos acuarelas de pandereta; el padre era unas castañuelas de la sala de lo civil, y sus retoños, sin madre, se pasaban la vida, inocentes en el fondo, *jaleando* la alegría de su papá. Se aburrían mucho en aquel pueblo sucio, frío, húmedo, y vieron el cielo abierto con la amistad de Emma y compañía. El magistrado, que era, además, muy embustero, y hablaba de riquezas que él tenía allá, en la tierra, se embarcó en lo de la fábrica de *Productos Químicos*, aunque de tapadillo, y vino á interesarse en unos diez mil reales, que él multiplicaba añadiendo una porción de ceros á la derecha cuando hablaba á sus colegas y amigos de su parte en el negocio. Pero no fué la de Ferraz y sus hijas la adquisición mejor para Emma. Por mediación de las andaluzas, la Valcárcel tuvo ocasión, y la aprovechó, de ofrecer un verdadero servicio á las de Silva, tres muchachas llenas de pergaminos, deudas y figurines. Las deudas y los pergaminos eran cosas de su papá, pero los figurines, de ellas; no había chicas mas ele-

gantes en el pueblo; eran tres, y cuando paseaban juntas, en posturas académicas, constante grupo escultórico, recordaban las estampas grandes de los periódicos de modas. Hacían de un vestido siete, y era un prodigio el verlas volver lo de arriba abajo, y estirar y encoger sombreros, y aprovechar para cinco ó seis cosechas de la moda las mismas espigas y los mismos pepinillos y otros vegetales contrahechos, de prendidos y sombreros. Fuera como fuera, ellas ponían la moda en el pueblo, y por su nobleza y las arrogantes figuras que ostentaban, disponían de los novios efímeros por manadas. Mientras el padre bebía los vientos por fijar la rueda de la fortuna en la sala de juego de la Oliva, las niñas se multiplicaban, verdaderas buhoneras de sí mismas, siempre con la mercancía de su hermosura á cuestras por plazas, iglesias, paseos, bailes y teatro. Pero llegó un luto, y aquí fué ella. Iba á abrirse el *antiguo coliseo* con la Compañía de ópera remendada, y las de Oliva no podrían ir los jueves y domingos á lucir sus gracias, enhiestas en sus sillones con almohadón, á la orilla del antepecho de su palco, como grullas tias y melancólicas á la margen del mar. El pariente difunto era un *tío segundo*; pero era marqués. Si hubiera sido un cualquiera, las de Silva seguirían vestidas de

colorado y tan *ubicuas* como siempre; pero el luto de un marqués no podía preterirse sin profanarse. No había palco posible. Entonces fué cuando Emma pudo ganar la amistad de aquellas elegantes aristócratas haciéndoles un favor y matando dos pájaros de un tiro. Como ella venía á ser la *empresaria*, y los cantantes eran sus íntimos amigos y personas muy decentes, no habría inconveniente en presenciar las funciones de ópera entre bastidores. Las de Ferraz propusieron el expediente á las de Silva, que sin consultarlo con el papá, con quien no consultaban nada, aceptaron locas de alegría. No podrían lucirse tanto de telón adentro; pero se divertirían de fijo; verían cosas muy agradables, muy nuevas, y hasta podrían coquetear con los cantantes, algunos de los cuales, como Minghetti, eran muy guapos y simpáticos. Emma se creyó en el deber de no dejar ir solas á aquellas señoritas al escenario y sus oscuros alrededores, y desde la primera noche, sin consultarlo tampoco con nadie, las acompañó, y las presentó á la Gorgheggi, que las ofreció su cuarto para pasar el rato en amable tertulia durante los entreactos. Marta y las de Ferraz también asistieron alguna vez al espectáculo, de tapadillo, corriendo y jugueteando por aquellos pasillos y corredores estrechos y sucios, entre telones y

trampas; pero en general preferían lucirse en el palco de la Empresa, de Emma, que estaba al lado de la presidencia.

Es claro que en cuanto se supo que las de Silva iban con la de Reyes á ver las óperas entre bastidores, se murmuró mucho, y se las compadeció porque venían á ser huérfanas por completo, teniendo aquel padre que tenían. ¡Pobrecitas, no han tenido madre cuando más falta les hacía! Y después de este acto de caridad, se las despedazaba. Pero ellas no hacían caso. La sociedad de la Gorgheggi las enorgullecía, como á la Valcárcel, y el respeto con que todos las trataban en el escenario y en el cuarto de la cantante, también las halagaba mucho. Serafina estaba en sus glorias, viéndose admirada y considerada por aquellas jóvenes de la aristocracia, cuyos finos modales y hasta el luto que vestían daban dignidad y nobleza á su tertulia de los entreactos.

—¡Soy feliz, Bonifacio, muy feliz... y todo te lo debo á ti! Así decía la tiple, cogiendo por las muñecas á su amante, atrayéndole á su seno y besándole con un entusiasmo de agradecimiento, que Reyes estimaba en lo que valía.

«Sí, ella era feliz, pensaba; más valía así. También Emma vivía muy contenta y le trataba á él mejor que antes, y á veces le daba á

entender que le agradecía también la iniciación en aquella nueva vida... *del arte*, como llamaban en casa á los trotes en que se habían metido. Todos eran felices, menos él... á ratos. No estaba satisfecho de los demás, ni de sí mismo, ni de nadie. Debía serse bueno, y nadie lo era. En el mundo ya no había gente completamente honrada, y era una lástima. No había con quién tratar, ni consigo mismo. Se huía; le espantaban, le repugnaban aquellos soliloquios concienzudos de que en otro tiempo estaba orgulloso y en que se complacía, hasta el punto de quedarse dormido de gusto al hacer examen de conciencia. Ahora veía con claridad que, en resumidas cuentas, él era una mala persona. Pero ¿de qué le valía aquella severidad con que se trataba á sí mismo á la hora de despertar, con bilis en el gaznate, si después que se levantaba, y se lavaba, y se echaba mucha agua en el cogote, resucitaba en él, con el vigor de la vida, con la fuerza de su otoño viril, sano y fuerte, la concupiscencia invencible, el afán de gozar, la pereza del pecado convertido en hábito? Aquello iba mal, muy mal; su casa, la de su mujer, antes era aburrida, inaguantable, un calabozo, una tiranía; pero ya era peor que todo esto, era un... *burdel*, sí, *burdel*; y se decía á sí mismo: «Aquí todos vienen á divertirse y á

arruinarnos; todos parecemos cómicos y aventureros, herejes y *amontonados*.» Este *amontonados* tenía un significado terrible en los soliloquios de Bonis. Amontonados era... una mezcla de amores incompatibles, de complacencias escandalosas, de confusiones abominables. A veces se le figuraba que aquella familiaridad exagerada de los alemanes, los cómicos, y su mujer, era algo parecida á la *cama redonda* de la miseria; podía no haber allí ningún crimen de lesa honestidad..., pero el peligro existía y las apariencias condenaban á todos. Marta, que iba á casarse con el tío Nepomuceno, admitía galanteos subrepticios del primo Sebastián, un cincuentón verde y bien conservado, que de romántico se había convertido en cínico, por creer que en esto consistía el progreso. Sebastián, antes tan idealista y poético, ahora no podía ver una cocinera sin darle un pellizco, y esto lo atribuía á que estábamos en un *siglo positivo*. Él, Bonifacio, había tenido que consentir en que su querida entrase en casa de su mujer, y fueran amigas y comieran juntas... Emma, aunque indudablemente honrada, dejaba á Minghetti acercarse demasiado y hablarle en voz baja. Él no desconfiaba...; pero, ¿por qué? Tal vez porque su conciencia de culpable, le cerraba los ojos, porque no se atrevía á acusar á nadie...; por-

que había perdido el *tacto espiritual*; porque ya no sabía, entre tanta falsedad, torpeza y desorden, lo que era bueno y malo; decoro, honor, delicadeza...; en otro tiempo, cuando él *esquilma*ba la hacienda de los Valcárcel, en competencia con D. Nepo; cuando él manchaba el honor de su casa con un adulterio del género masculino, pero adulterio, en medio de sus remordimientos encontraba disculpas relativas para su conducta: el amor y el arte, la pasión sincera, lo explicaban todo. ¡Pero ahora! Una larga temporada había estado siendo *infel* á su pasión; entregado noches y noches á un absurdo amor extraviado, todo liviandad, amor de los sentidos locos, que era más repugnante por tener el *tálamo nupcial* por teatro de sus extravagantes aventuras; y esto le había abierto los ojos, y le hacía comprender la miseria espiritual que llevaba dentro de sí, y que su pasión no era tan grande como había creído, y que, por consiguiente, no era legítima. Además... y ¡oh dolor! el arte mismo tenía sus más y sus menos, y allí no era arte todo lo que relucía. No, no; no había que engañarse más tiempo á sí mismo; aquello era un burdel, y él uno de tantos perdidos. Allí no había nada bueno más que aquella ternura pacífica, suave, seria, callada, que se le despertaba de vez en cuando, que le hacía abo-

recible cuanto le rodeaba y le llevaba á desear ardientemente, no morirse, porque á la muerte la tenía mucho miedo por el dolor y la incertidumbre de ultratumba, sino transformarse, regenerarse. Pensaba en algo así como un injerto de hombre nuevo en el ya gastado tronco que arrastraba por el mundo tanto tiempo hacía. Aún no era viejo, y le parecía haber vivido siglos; desde los recuerdos de la infancia, que se referían á los años de ensueño en que había salido del limbo de la vida inconsciente, al día de la fecha, ¡qué distancial! ¡Cuánto había sentido! ¡Qué de vueltas había dado á las mismas ideas!

Y el pobre Bonis se frotaba la frente y toda la cabeza con las manos, compadecido de aquel cerebro que bullía, que crujía, que pedía reposo, paz... y la ayuda de fuerzas nuevas.

Un día encontró Bonis en un libro la palabra *avatar* y su explicación, y se dijo: — ¡Una cosa así me vendría á mí perfectamente! Otra alma que entrara en mi cuerpo; una vida nueva, sin los compromisos de la antigua.

No esperaba milagros. No le gustaban siquiera. El milagro era un absurdo, algo contra la fría razón, y él quería método, orden, una ley en todo, ley constante, sin excepción. El milagro era romántico, revolucionario, violento, y él no estaba ya por el romanticismo, ni

por la violencia, ni por lo extraordinario, ni por la pasión. Sí; había amor que valía más que el apasionado. Más era: había amor sublime que no era el amor sensual, por alambicado y platónico que éste quisiera considerarse... Amar á la mujer... siempre era amar á la mujer. No, otra cosa... Amor de varón á varón, de padre á hijo. ¡Un hijo, un hijo de mi alma! Ese es el *avatar* que yo necesito. ¡Un sér que sea yo mismo, pero empezando de nuevo, fuera de mí, con sangre de mi sangre!

Y Bonis, llorando al pensar esto, se decía, arrimando la cabeza contra una pared:

—Sí, sí; lo de siempre; el anhelo de toda mi vida desde que pude tenerlo: ¡el hijo!

Por su espíritu pasó como el halago de una mano de luz que le curaba, sólo con su contacto, las llagas del corazón. Sintió una emoción de legítimo contento de sí mismo ante la conciencia clara, evidente, de que en el fondo de todos sus errores, y dominándolos casi siempre, había estado latente, pero real, vigoroso, aquel anhelo del hijo, aquel amor sin mezcla de concupiscencia. En él lo más serio, lo más profundo, más que el amor al arte, más que el anhelo de la pasión por la pasión, siempre había sido el amor paternal... frustrado.

Y siempre lo había deseado lo mismo; su deseo tenía la forma plástica, constante, fija, de

un recuerdo intenso. Siempre era *el hijo*; varón y uno solo; su único hijo.

Una mujer... no podía continuarle á él; él no se concebía femenino en el sér que heredara su sangre, su espíritu. Tenía que ser hombre. Y uno solo; porque aquel amor que había de consagrar al hijo tenía que ser absoluto, sin rival. Amar á varios hijos le parecía á Bonis una infidelidad respecto del primero. Sin saber lo que hacía, comparaba el cariño á mucha prole con el politeísmo. *Muchos hijos* era como *muchos dioses*. No, uno solo...; aquel, aquel de que le hablaban las entrañas, aquel que casi casi le presentaba ante los ojos, en el aire, la alucinación de sus noches sin sueño.

¿Y de dónde había de salir su único hijo?... No cabía duda; la ley era la ley, el orden el orden; no cabían sofismas del pecado: había de salir del vientre de Emma.

Pero ¡ay, que él no merecía el hijo! No, no vendría.

Después de aquella noche del baile, origen de aquel amontonamiento *social* en que vivían cómicos, alemanes y gente de su casa, su Emma, el tío, él mismo; después de aquella noche en que él, si no fuera enemigo de admitir intervención directa, en sus asuntos, de lo sobrenatural, hubiera visto la mano de la Providencia, la revelación del destino, ¿había estado á

la altura *ideal* de las grandes cosas que había soñado? No, de ningún modo. Había vuelto á claudicar; se había dejado arrastrar con todos los demás á la vida fácil, perezosa, del vicio, y había llegado á ver con embeleso á su querida en la casa, á la mesa de su esposa, y había llegado á figurarse legítimas tales abominaciones con aquella filosofía de los semi-borrachos de sobremesa, que en otro tiempo le parecían inspiraciones poéticas, moral artística, excepcional, privilegiada. ¡Y él era el mismo que había sentido, oyendo cantar á Serafina una canción á la Virgen, que en sus entrañas encarnaba un amor divino! ¡Él, con un misticismo estrambótico, falso, se había comparado, disparatada pero sinceramente, con la Virgen Madre!

Y cuántas veces, después, había visto la cosas de otra manera, y había llegado á pensar: «¡Todo es cuestión de geografía! Si yo fuese turco, todo esto sería legítimo; pues figurémonos que estamos en *otras latitudes...* y longitudes. Más era: en aquel instante en que hacía tan tristes reflexiones, ¿estaba arrepentido? No. Estaba seguro, porque se lo decía la conciencia, de que pocas horas más tarde, cuando el cuerpo estuviese repleto y la fantasía excitada por el vino y el café, y acaso por la música de Minghetti y Emma, de nuevo se-

ría él aquel Bonifacio corrompido, complaciente, bien hallado con la especie de amor libre que se le había metido en casa. Vendría Serafina, y mientras Minghetti y Emma continuaban sus lecciones interminables, ellos dos, Serafina y él, en el cenador de la huerta ¡oh miseria! ¡oh vergonzoso oprobio! serían, como siempre, amantes; amantes de costumbre, sin la disculpa, aunque de poca fuerza, disculpa al fin, de la ceguedad de la pasión; amantes por el hábito, por la facilidad, por el pecado mismo...

¡No, no tendría el hijo! ¡Miserable! ¡No lo merecía! Renunciaba á la ventura.

Pero si no la felicidad, podría tener el arrepentimiento verdadero.

¿Por qué no aspirar á la perfección moral y llegar en este camino adonde se pudiera?

Entre todas las grandes cosas que se le habían ocurrido ser en este mundo, gran escritor, gran capitán (esto pocas veces, sólo de niño), gran músico, gran artista sobre todo, jamás sus ensueños le habían conducido del lado de la santidad. Si en otro tiempo se había dicho: ya que no puedo inventar grandes pasiones, dramas y novelas, hagamos todo esto, sea yo mismo el *héroe*, ¿por qué no había de aspirar ahora á un heroísmo de otro género? ¿No podía ser santo?

Para artista, para escritor, le faltaba talento, habilidad. Para ser santo no se necesitaba esto.

Y el pobre Bonis, que á ratos andaba loco por casa, por calles y paseos solitarios, buscó la *Leyenda de oro* en la librería de su suegro, y vió que, en efecto, había habido muchos santos cortos de alcances, y no por eso menos visitados por la gracia.

Sí, eso era; se podía ser un santo sencillo, hasta un santo simple...

*Dejarlo todo*, ya que no tenía hijo, y seguir... ¿Seguir á quién? ¡Si él no tenía bastante fe, ni mucho menos! ¡Si dudaba, dudaba mucho, y con un desorden de ideas que le hacía imposible aclarar sus dudas y volver á creer á macha-martillo! Aquellos libracos, que había leído con avidez para hacerse todo lo sabio posible, á fin de preparar la educación del hijo, le habían producido, en suma, una indigestión intelectual de negaciones. No era creyente... ni dejaba de serlo. Había cosas en la Biblia que no se podían tragar. Un día que oyó que los seis días del Génesis no eran días, sino épocas, aun en pura ortodoxia, sintió un gran consuelo, como si se le quitara un peso de encima, como si hubiera sido él quien hubiera inventado lo del mundo hecho en seis días. Pero quedaba lo del Arca con todas las especies de

animales; quedaba la torre de Babel; quedaba el pecado, que pasaba de padres á hijos, y quedaba Josué parando el sol..., en vez de parar la tierra. No, no podía ser: él no podía coger su cruz, porque no era un *simple* como los de la Edad Media, sino un simple *ilustrado*, un simple de café, un simple moderno... ¡Ah, pero lo que no le faltaba era el sincero anhelo de sacrificio, de abnegación y caridad!... Hacer disparates para la mayor gloria... de lo que hubiese allá arriba, le parecía muy puesto en razón, algo como una música interior. Una noche leyó en la cama un libro que hablaba de un místico medio loco, italiano, de la Edad Media, á quien llamaban el juglar de Dios; parecía el payaso de la gloria: lleno del amor de Jesús, se reía de la Iglesia y daba por hecho que él se condenaría, pero llevando al infierno su pasión divina, que nadie podía arrancarle: y el tal Jacopone de Todi, que así le llamaba el vulgo, que se reía de él y le admiraba, hacía atrocidades ridículas para que su penitencia no fuese ensalzada, sino objeto de burla; y salía andando con las manos, cabeza abajo y los pies al aire; y se untaba de aceite todo el cuerpo, desnudo, y se echaba á rodar sobre un montón de plumas, que se le pegaban al cuerpo; y de esta facha salía por las calles para que los chiquillos le corrieran...

Bonis lloraba de ternura leyendo estas hazas del clown místico, del autor de los *Laudes*, después immortalizados. Él, Bonis, no era poeta, pero con la flauta creía poder decir muchas cosas, y hasta convertir infieles... Pero el toque estaba en el *arranque*. Irse por el mundo, echar á correr, dejarlo todo, y ya que no tenía un hijo, ser un santo de pueblo, un santo loco, estaba muy puesto en razón; mas ¡ay! la conciencia le decía que no se atrevería jamás, no ya á dejarlo todo, hasta las zapatillas, y tomar su cruz; ni siquiera á dejar á su mujer... ni aun á su querida.

## XIV

Grandes acontecimientos vinieron á sacar á Reyes de estas intermitentes veleidades místicas, que él mismo, en sus horas de sensualismo racionalista y moderado, calificaba de enfermizas. El infeliz Bonis no pudo menos de recordar un pasaje muy conocido de *La Sonámbula*; aquel de:

ah, del tutto ancor non sei  
cancellata dal mio cuor,

(según él lo cantaba), cuando llegó la hora de despedirse de Serafina Gorgheggi; la cual, deshecha otra vez la compañía, iba con Mochi contratada al teatro de la Coruña. Aquella separación había sido una amenaza continua, la gota amarga de la felicidad en los días y meses de ciega pasión; después un dolor necesario, y hasta merecido y saludable, según pen-

saba el amante, lleno de remordimientos y de planes morales. Pero al llegar el momento, Bonis sintió que se trataba de toda una señora operación practicada en carne viva. Con toda franqueza, y explicándolo todo satisfactoriamente por medio de una intrincada madeja de sofismas, Reyes reconoció que los afectos naturales, puramente *humanos*, eran los más fuertes, los verdaderos, y que él era un místico de pega, y un romántico y un *apasionado* de verdad. ¡Ay! separarse de Serafina, á pesar de aquella tibieza con que su espíritu la trataba de algún tiempo á aquella parte, era un dolor verdadero, de aquellos que á él le horrorizaban, de los que le *daban la pereza de padecer*. ¡Era tan molesto tener el ánimo en tensión, necesitar sacar fuerzas de flaqueza para aguantar los dolores, los reales! Y no había más remedio. Pensar en tener compañía de ópera más tiempo, era absurdo. Ya todos los expedientes inventados para retener en el pueblo á Mochi y su discípula estaban agotados, no podían dar más de sí. Nunca se había visto, ni en tiempo de la Tiplona, mientras ésta fué cantante, que *las partes* de una compañía permanecieran un año seguido, y algo más, en la ciudad, fuera trabajando ó en huelga. Lo que se había visto era tal cual corista que se quedaba allí, casada con uno del pueblo, ó ejerciendo un oficio; un

director de orquesta se había hecho vecino para dirigir una banda municipal...; pero tiples y tenores, nunca habían parado tantos meses: concluido el trigo, volaban. El fenómeno que ofrecían Serafina, Julio y Gaetano, era tan admirable como si las golondrinas se hubieran quedado á pasar un invierno entre nieve. Sólo que de las golondrinas no se hubiera hecho comidilla para decir que las alimentaban los gorriones, por ejemplo. Y de la larga estancia de los cómicos, contratados unas temporadas, otras no, se decían horrores. No por hacer callar á la maledicencia, de la que nadie se acordaba, á no ser Bonis, sino porque no había manera decorosa, ni aun medio decorosa, de continuar cubriendo las apariencias, ni tampoco recursos para seguir manteniendo los grandes gastos que causaban aquellos restos de la compañía disuelta, se comprendió la necesidad de que terminase aquel *estado de cosas*, como le llamaba Reyes. La empresa había perdido bastante, y sobre la empresa, es decir, sobre el caudal mermadísimo del abogado Valcárcel, continuaban cargando, más ó menos directamente, las principales *partes*, á saber: Mochi, Serafina y Minghetti. Se presentó la ocasión de ganar la vida con el trabajo, y hubo que aprovecharla, por más que doliera á unos y á otros la despedida. Quien no transigió fué

Emma. Tuvo una encerrona con su tío y mayordomo, que había sido nombrado vicepresidente de la Academia de Bellas Artes, agregada á la Sociedad Económica de Amigos del País, y de aquella conferencia resultó el acuerdo, porque allí todo eran panes prestados, de que Minghetti continuaría en el pueblo en calidad de director de la Sección de música en la citada Academia. El sueldo que pudieron ofrecer los señores socios al barítono no era gran cosa; pero él se dió por satisfecho, porque además pensaba dar lecciones de piano y de canto, y con esto y lo otro (y lo otro, así decía la malicia, entre paréntesis, por lo bajo) podía ir tirando, hasta que se cansara de aquella vida sedentaria, y se decidiera á admitir una de las muchas contratas que, según él, se le ofrecían desde el extranjero.

Serafina dejaba con pena el pueblo, en que había llegado casi á olvidar que era una actriz y una aventurera, para creerse una dama honrada que tenía buenas relaciones con la mejor sociedad de una capital de provincia, y un amante fiel, dulce, manso y guapo. A Bonis le había llegado á querer de veras, con un cariño que tenía algo de fraternal, que era á ratos lujuria y que se convertía en pasión de celosa cuando sospechaba que el tonto de Reyes podía cansarse de ella y querer á otra. Tiempo

hacia que notaba en su queridísimo bobalicón despego disimulado, distracciones, cierta tendencia á huir de sus intimidades. Al principio sospechó algo de las extrañas noches de valpurgis matrimonial que tan preocupado trajeron una temporada á Reyes; después, siguiendo la pista á los desvíos y distracciones del amante, llegó á comprender que no se trataba de *otros amores*, sino de *ideas* que á él le daban; tal vez iba á volvérsese definitivamente bobo, y no dejaba de sentir cierto remordimiento.

«A éste se le ablanda la mollera por culpa mía.»

Más de una vez, en sus ligeras reyertas de amantes antiguos, pacíficos y fieles, pero cansados, oyó á Bonis hablar de la *moral* como un obstáculo á la felicidad de entrambos. Lo que nunca pudo sospechar Serafina fué la principal *idea* de Bonis, la del *hijo*; y esto era lo que en realidad le apartaba de su querida, del pecado.

Pero en la noche en que, al arrancar la diligencia de Galicia, Bonis, subiéndose de un brinco al estribo de la berlina, pudo, á hurtadillas, dar el último beso á la Gorgheggi, sintió que su *pasión* no había sido una mentira *artística*, porque con aquel beso se despedía de un género de delicias intensas, inefables, que

no podrían volver; con aquel beso se despedía del último vestigio de la juventud.

Entre la muchedumbre que había acudido á despedir á los cantantes, se sintió Bonis, después que desapareció el coche en la oscuridad, muy solo, abandonado, sumido otra vez en su insignificancia, en el antiguo menosprecio.

Delante de él, que volvía solo por la calle sombría adelante, solo entre la muchedumbre de sus amigos y amigas, distinguió dos bultos que caminaban muy juntos, cogidos del brazo, según era permitido en aquella época á las señoritas y á los galanes; eran Marta Körner y Nepomuceno, que se habían adelantado, huyendo la vigilancia del alemán, que no gustaba de tales confianzas. La escena de la despedida los había enternecido y animado; la oscuridad de las calles, alumbradas con aceite, les daba un incentivo en su misterio, y en el cuchicheo de su diálogo se sentía el soplo de la pasión... de la pasión carnal de Nepo y de la pasión de... marido de Marta. Iban absortos en su conversación, olvidados de los que venían detrás, creyéndose á cien leguas de la gente, sin pensar en ella; levantaban á veces la voz, Marta singularmente; y Bonis, sin querer al principio, queriéndolo muy de veras después, oyó cosas interesantes.

«Había que hablar cuanto antes á Emma;

había que decirle el gran secreto de aquella pareja: que iban á casarse antes de un mes. Y había que ajustar cuentas, separar los respectivos capitales, sin perjuicio de seguir administrando el tío el de la sobrina, hasta que ya no hubiera cosa digna de mención que administrarle.» Estaba perdida; no había hecho más que ir gastando, derrochando, sin enterarse jamás de que corría á la ruina completa. Hablarle á ella de hipotecas, era hablarle en griego. «Pues hipoteque usted,» decía, sin más idea de la hipoteca que la de ser un modo de sacar ella el dinero necesario para sus locuras, cuanto antes.

—Mire usted, decía el tío á Marta (pues el *tú* lo dejaba para después de la boda); es una mujer que no tiene idea clara de lo que significa el tanto por ciento, y cuando le hablan de un interés muy subido, le suena lo mismo que si le hablan de un interés despreciable; para ella no hay más que el dinero que le den por lo pronto; parece así... como que se figura que roba á los usureros, á quienes toma dinero al sabe Dios cuántos. Para aliviar estos males, he llegado yo mismo á ser el único *judío* para mi sobrina; yo soy, yo, quien, sin saberlo ella, porque ni lo pregunta, le facilito cantidades á un módico interés.

Marta oía á Nepo con más placer que si le

fuera recitando la *primavera temprana* de Gæthe.

—¿De modo... que ellos van á arruinarse?

—Sí; ya no tiene remedio.

—La culpa es suya.

—Suya... Empezó él... siguió ella... después los dos...; después todo el mundo... Usted lo ha visto: aquella casa es un hospicio; los cómicos nos han comido un mayorazgo..., y como la fábrica va mal...

—¡Oh! pero eso no hay que decirlo por ahí...

—No; es claro...

—Papá espera levantar el negocio; sus corresponsales le ofrecen mercados nuevos, salidas seguras...

—Sí, sí; es claro..., pero ya será tarde para los de Reyes; nuestro esfuerzo, el que haremos con nuestro propio capital... Marta, con el nuestro, ¿entiende usted?, sacará la fábrica á flote...; pero ya será tarde para ellos. Nuestro porvenir está en la pólvora...

Marta apretó el brazo de Nepo, y lo que siguieron hablando ya no pudo oírlo Bonis.

Se quedó atrás; entró el último en su casa, adonde volvieron muchos de los que habían ido á despedir á la Gorgheggi y á Mochi, pues de allí había partido la comitiva. Serafina había ido al coche desde la casa de Emma, porque ésta no podía salir aquella no-

che; se sentía mal, y se habían despedido en el gabinete de la Valcárcel.

Bonis se detuvo en el portal, cuando ya todos estaban arriba. ¡Qué ruido! ¡Qué algazara! ¡Lo de siempre! Ya nadie se acordaba de los que se alejaban carretera arriba; como si tal cosa. Arrastraban sillas, sonaba el piano y después el taconeo de los danzantes. Bailaban.

«¡Y todo esto lo he traído yo! ¡Y bailan sobre las ruínas! ¡Los Reyes se arruinan; la casa Valcárcel truena..., y el último ochavo lo gastan alegremente entre todos estos pillos y viciosos que he metido yo en casa!»

«¡Empezó él! decía ese tunante. ¡Y tiene razón! Yo empecé, y aún debo, aún debo... lo robado. Y todo lo demás que vino después, la empresa teatral..., la fábrica..., los banquetes, las jiras, los saraos..., los préstamos á esos hambrientos y chupones..., por culpa mía, por mi pasión..., que ya se extinguía, por miedo á echar cuentas, por miedo de que se descubriese mi *adulterio*; sí, adulterio, así se llama...; yo lo toleré todo..., lo procuré todo... Todo es culpa mía, y lo peor es lo que dice el tío: Empezó él.»

Y Bonis, sin pasar del portal, mal alumbrado por un farol de aceite, se cogía la cabeza con las manos.

No se determinaba á subir. Le daba asco su casa con aquella chusma dentro.

«¡Si fuera para barrerlos! Y á mi con ellos... á todos..., á todos...

»¿Cómo seguir con aquella vida, ahora sobre todo, que ni el placer, ni el pecado, le arrastraba á ella?

»¡Egoísta! Como se fué tu pareja, *moralizas* contra los demás.

»Pero, ¿y la ruina? Cuando ése la anuncia, segura será... ¡Seremos pobres! Por mí... casi me alegro...; pero es horrible..., porque es por culpa mía.»

Cesó de repente el ruido del baile, que sonaba sordo y continuo sobre su cabeza; después se oyeron muchos pasos precipitados en una misma dirección..., hacia el gabinete de Emma.

—¿Qué pasa? se dijo asustado Bonis. Pensó de repente, como antaño: Emma se ha puesto mala, y me va á echar la culpa. Se dirigió hacia la escalera, cuya puerta abrieron con estrépito desde dentro; bajando de dos en dos los peldaños, venían dos bultos: el primo Sebastián y Minghetti, que atropellaron á Bonis.

—¿Qué hay? ¿Qué sucede? gritó, recogiendo del suelo el sombrero, el que debía ser amo de la casa.

—¡Arriba, hombre, arriba! ¡Siempre en Babilonia! Emma así..., y tú fuera...

Esta frase del primo Sebastián le supo á

Bonis á todo un tratado de arqueología; era del repertorio de las antigüedades clásicas de su servidumbre doméstica.

—Pero... ¿qué hay? ¿Qué tiene Emma?

—Está mala..., un síncope..., jaqueca fuerte..., dijo Minghetti. Vamos corriendo á buscar á D. Basilio; le llama á gritos.

—Sube, hombre; corre; te llama á ti también; nunca la vi así... Esto es grave... Sube, sube...

Y se lanzaron á la calle los dos emisarios, rivalizando en premura y celo.

—Usted, al Casino; yo, á su casa, dijo Sebastián; y cada cual echó á correr: uno, calle arriba; otro, calle abajo.

Bonis entró temblando, como en otro tiempo. «¿Qué sería? ¿Volverían los días horrorosos de la fiera enferma? ¡Comparados con ellos los presentes, de *relajamiento moral*, le parecían ahora flores! Y en adelante, ¿qué armas tendría para la lucha? Ya no creía en la pasión, aunque tanto le estaban doliendo aquella noche sus últimas raíces; ya no creía apenas en el ideal, en el arte...; todo era un engaño, tentación del pecado... Sí: volvía su esclavitud, su afrenta, aquella vida de perro atado al pie de la cama de una loca; él ya no tendría fuerza para resistir; con un *ideal*, con una *pasión*, lo sufría todo; sin eso .., nada. Se mori-

ría... La enfermedad otra vez..., y ahora, con la pobreza, acaso, de seguro... ¡Qué horror!... ¡Oh! No; escaparía.»

Entró, pasillo adelante; todo era confusión en la casa. Las de Ferraz y una de las de Silva corrían de un lado á otro, daban órdenes contradictorias á los criados; en el gabinete de Emma, Marta y Körner junto al lecho, parecían estatuas de mausoleo.

—¡Duerme! dijo con solemnidad el padre.

—¡Silencio! exclamó la hija, con un dedo sobre los labios.

—Pero, ¿qué ha sido?

—¡Pchs! Silencio.

—Pero (más bajo y acercándose); pero... yo quiero saber..., ¿y el tío? ¿Dónde está el tío?

—Se está mudando, contestó Marta en voz baja, de esas que son silbidos, más molestos que los gritos.

Reyes notó el olor de un antiespasmódico; olor de tormenta para los recuerdos de sus sentidos. También había cierto hedor nauseabundo.

Se aproximó más á la cama; á los pies estaba amontonada ropa blanca, de que se había despojado Emma después de metida entre sábanas, según su costumbre. También ahora los recuerdos de los sentidos le hablaron á Bonis de tristezas, y tras rápida reflexión, se sintió alarmado.

—Pero, ¿qué ha sido? preguntó sin bajar la voz lo suficiente, olvidándose del sueño de su esposa, pensando cosas muy extrañas.

—No grite usted, hombre, dijo la alemana muy severamente.

Bonis acercó el rostro al de su mujer.

—Duerme, dijo Körner.

—¡Dios lo sabe! pensó Bonis.

Emma, pálida, desencajada, desgredada, con diez años, de los que había sabido quitarse de encima, otra vez sobre las fatigadas facciones, abrió los ojos, y lo primero que hizo con ellos fué lanzar un rayo de odio y otro de espanto sobre el atribulado esposo.

—¿Qué ha sido, hija mía, qué ha sido?

Quiso hablar la enferma, y, al parecer, hasta pronunciar un discurso, porque procuró incorporarse, y extendió los brazos; pero el esfuerzo le produjo náuseas, y Bonis, sin tiempo para retirarse un poco, corrió la misma borrasca de que se estaba secando el tío.

Körner, discretamente, retrocedió un paso. Marta se colgó de la campanilla en son de pedir socorro, porque no era ella hembra que descendiese á ciertos pormenores al lado de los enfermos. El estómago, decía ella, no es nuestro esclavo; antes bien, nos esclaviza.

Acudieron las de Ferraz, y luego Eufemia con agua, arena, toalla y cuanto fué del caso.

A Bonis se le hizo comprender que apestaba, y corrió á mudarse.

Cuando volvió al cuarto de su mujer, vió en la sala al tío, á Körner, á Marta, á las de Ferraz, á la de Silva, á Minghetti y á Sebastián.

—¿Está mejor, está sola?

Sebastián respondió casi de limosna:

—No: está con ella D. Basilio.

Antes de decidirse á entrar en el gabinete, Bonis consultó con la mirada al concurso. Vió algo extraño en ellos: parecían menos alarmados y como llenos de curiosidad maliciosa. Había allí sorpresa, incertidumbre, no susto ni temor á un peligro.

—¿Pasa algo? ¿Qué pasa? preguntó anhelante, con la cara de lástima que ponía cuando acudía en vano á implorar sentimientos tiernos, de caridad, en sus semejantes.

—Hombre, usted puede entrar, dijo Körner; al fin es el marido.

Bonis entró. D. Basilio, correcto en el vestir, como siempre, de color de manteca el gabán entallado; sonriente; de expresión espiritual boca y mirada, dejaba pasar una tormenta de espanto y rebeldía contra los designios de la naturaleza á que se entregaba Emma, que se apretaba la cabeza desgrefñada con las manos crispadas, y llamaba á Dios de tú y con un tono que parecía de injuria.

—¡Dios mío! ¿Qué es esto? preguntó Bonis espantado, con las manos en cruz, frente al médico.

—Pues, nada; que su mujer de usted... está nerviosísima, y ha tomado á mal una noticia que yo creí que la llenaría de satisfacción y legítimo orgullo...

—¡Calle usted, Aguado! ¡No se burle de mí! ¡No estoy para bromas! ¡Dios mío! ¡Qué va á ser de mí! ¡Qué atrocidad! ¡Qué barbaridad! ¡Qué va á ser de mí!... ¡Dios de Dios! Y á estas horas... yo me voy á morir... de fijo... de fijo... me lo da el corazón. ¡Yo no paro, no paro, no paro!....

—¿Delira? gritó Bonis con horror.

—¿Por qué?

—Como dice... que no para... no para...

—No; no dice eso.—Y D. Basilio se interrumpió para reir con toda sinceridad.—Lo que dice es que no pare, no pare... Pero ya verá usted cómo en su día, aún lejano, damos á luz un robusto infante.

—¡Alma mía! exclamó Reyes comprendiendo de repente, más que por las señas que tenía delante, por una *voz de la conciencia* que le gritó en el cerebro: «Sé fué ella, y viene él; no quería venir hasta hallar sólo tu corazón para ocuparlo entero. Se fué la *pasión* y viene el *hijo*.»

Se lanzó á estrechar en sus brazos la cabeza de su esposa; pero ésta le recibió con los puños, que, rechazándole con fuerza, le hicieron perder el equilibrio y casi caer sobre don Basilio.

—¡Nerviosa, nerviosísima! dijo el médico, disimulando el dolor de un callo que le había pisado aquel calzonazos.

Empezaron las explicaciones.

Emma, con verdadero pánico, se agarraba, como un náufrago á una tabla, á la esperanza de que aquello era imposible.

Aguado, con estadísticas que no necesitaba ir á buscar fuera de su clientela, demostraba que *imposibles* de aquella clase le habían hecho pasar á él muchas noches en claro. Y sin ir más lejos, citaba á la de Fulano y á la de Mengano, que se habían descolgado con una criatura después de años y años de esterilidad, en rigor aparente. «¡Oh, los misterios de la naturaleza!»

«Pero, ¿no la habían asegurado á ella, tantos años hacía, cuando el mal parto, cuando quedó medio muerta, con las entrañas hechas una lástima, que ya no pariría nunca, que aquello se había acabado, que no sé qué de la matriz?»

—Si habrán dicho, señora; pero *in illo tèm-pore* yo no tenía el honor de contar á usted en

el número de mis clientes. Hay quien es un gran comadrón y un grandísimo ignorante en obstetricia y tocología, y toda clase de *logias...* divinas y humanas.

Mientras Emma proseguía en sus lamentos, gritos y protestas, jurando y perjurando que estaba dispuesta á no parir, que aquello era una sentencia de muerte disfrazada, que á buena hora mangas verdes, y cosas por el estilo, Aguado se volvió á Bonis para explicarle lo que había pasado allí.

En cuanto se había acercado á la enferma había visto síntomas extraños que nada tenían que ver con sus habituales crisis nerviosas; se había enterado de pormenores íntimos, aunque con gran dificultad por el horror que tenía Emma á todos los cálculos, previsiones y recuerdos aritméticos, no sólo á las cuentas del tío; y entre estas noticias y lo que tenía presente, y ciertas inspecciones y contactos, había sacado en consecuencia que aquella señora, como tantas otras, al cabo de los años mil volvía por los fueros de la maternidad, abandonados mucho tiempo. Habló mucho de matrices y de placentas, pero mucho más de la misteriosa marcha de la Naturaleza *á través*, y permítaseme el galicismo,—dijo Aguado, que era purista en lo que se le alcanzaba,—á través de los fenómenos fisiológicos de todos órdenes.

Indudablemente, y no lo decía por alabarse, él no había esperado menos del régimen homeopático é higiénico á que había sometido á su cliente: sin aquellos glóbulos, y más particularmente sin la influencia físico-moral de los buenos alimentos, de los paseos y, sobre todo, de las distracciones, aquel organismo hubiera continuado viviendo una vida valetudinaria, sin esperanza, ni remota, de tener fuerzas sobrantes suficientes para sacar de ellas una nueva vida, un *alter ego*. No cabía duda que Aguado insistía en querer deslumbrar á Bonis, pues no solía el médico de las damas ser tan pedantescamente redicho.

De todas suertes, Reyes tenía que contenerse para no abrazar al doctor; creía disparatadamente que el estar su mujer embarazada ó no dependía de aquella discusión entre el médico y Emma; si Emma quedaba encima en la disputa, ¡adiós hijo!; si el médico decía la última palabra, parto seguro.

Como no había por qué ocultar la cosa, no se ocultó; los de la sala supieron en seguida el pronóstico, nada reservado, de D. Basilio. Hubo gritos de alegría, de sorpresa sobre todo, algunos de malicia; bromas, jarana y pretexto para seguir divirtiéndose y alborotando: Emma continuaba protestando; se sentía mejor, era verdad, después de haber desahogado por

completo, pero el susto, al cambiar de especie, había empeorado; no estaba enferma, como había temido, pero estaba en *estado interesante*, y esto era horroroso. Y como no le hacían caso, y se reían de ella y hasta la dejaban sola, para correr por la casa y refrescar y tocar el piano y cantar, toda vez que ella misma confesaba que no le dolía nada, se tiraba la dama en cinta de los pelos, insultaba medio en broma, medio en veras, á sus amigas y amigos llamándolos verdugos, y proponiéndoles que pariesen por ella y que verían.

Seguía negando su estado, como si fuese asunto de honor, como pudiera negarlo Marta si se viera en una por el estilo; pero negaba no por convicción, sino por engañarse á sí misma. Por lo demás, bien comprendía ahora, después de oír á D. Basilio y de contestar á sus sabias preguntas, que había estado ciega, que ella misma debía haber comprendido mucho tiempo hacía de qué se trataba al notar cosas extrañas en su vida íntima.

Bonis, que había procurado quedarse con su mujer mientras los demás, despedido D. Basilio, corrían al comedor, donde les aguardaba el refresco, tuvo que dejarla sola porque le echó de su presencia á cajas destempladas. Desapareció Reyes, y los convidados quedaron por dueños de la casa, pues D. Juan Nepo-

muceno había salido también cuando el médico.

En el comedor se acentuó el carácter burlesco de las bromas con que se recibió el inesperado suceso. Se hacían cálculos respecto de la mayor ó menor proximidad del alumbramiento, suponiendo que las cosas fueran por sus pasos contados á un feliz desenlace. Las hipótesis respecto de las causas probables de tamaño lance abundaban, se entrelazaban, se mezclaban, llegaban al absurdo y siempre acababan apoyándose en ejemplos de casos semejantes y de otros mucho más extremados. Körner demostró gran erudición en el particular; pero se preferían como mejor testimonio, más digno de crédito, las cosas más recientes y de la localidad. No le hubiera hecho gracia á Emma oír que se la comparaba con damas parturientas de sesenta años, y que se citaba, como ejemplo de belleza conservada milagrosamente, á Ninon de Lenclos, de quien nunca había oído ni el nombre la señorita de Silva. ¡Lo que sabía aquella Marta, que fué la que llevó la conversación de la tocología á la estética, para poder ella lucir sus conocimientos sin menoscabo de su decoro y prerrogativas de virgen pudorosa é ignorante en obstetricia! Ella, tan avispada, en esto de fingir inocencia tenía tan mal tacto, que llegaba á ridículas exageracio-

nes; y así fué que aquella noche, por rivalizar con el candor de las de Ferraz, á las primeras noticias del feliz suceso que se preparaba estuvo inclinada á dar á entender que, á su juicio, los recién nacidos venían de París; pero la de Silva, la menor, con verdadera inocencia, dejó comprender todo lo que ella sabía respecto del asunto, que era bastante; y Marta tuvo tiempo para recoger velas y abstenerse de ridículas leyendas filogénicas y ontogénicas, como hubiera dicho ella si no estuviera mal visto.

En lo que estaban todos conformes era en lo que ya había afirmado el médico, á saber: que la principal causa de aquella restauración de las entrañas de Emma y de sus facultades de madre se debían á la nueva vida que llevaba de algún tiempo á aquella parte, á las distracciones, á las expansiones. Consultado Minghetti sobre el particular, daba señales de asentimiento con la cabeza, y seguía comiendo pasteles. Los comensales le miraban á hurtadillas, y los más perspicaces notaban en él un aire que Körner, hablando bajo con Sebastián, llamó en francés *gené*; con lo cual Sebastián se quedó á oscuras.

Volvió Nepomuceno cuando se levantaban de la mesa; se despidieron todos de Emma, repitiendo las bromas, recomendándole tales y

cuales precauciones Körner, y aun Sebastián, que tenía una experiencia que no se explicaban las chicas de Ferraz en un solterón; y todas las vírgenes, Marta inclusive, se ofrecieron de allí para en adelante á servir á la amiga enferma, de enfermedad conocida, en todo lo que fuera compatible con el estado á que todas ellas todavía pertenecían.

Emma rabiaba, azotaba el aire; y aumentaba su cólera porque no podía explicar á las muchachas, decorosamente, los argumentos con que todavía seguía oponiendo á la sentencia facultativa. Bajando por la escalera, unas opinaban que el furor de la Valcárcel era fingido, que bien satisfecha estaba con el descubrimiento; otras pensaban, más en lo cierto, que si algo halagaba esta potencialidad á Emma, no le daban lugar á satisfacciones el terror del parto, el asco y la repugnancia á los menesteres de la maternidad después del alumbramiento.

—Y además, decía una de Ferraz á la de Silva, ¿no ha visto usted qué cara se le ha puesto sólo con los preparativos esos y con el susto?

—Sí, parecía un cadáver...

—Lo que parecía era una cincuenta.

—Poco le falta.

—No, mujer, no exageres. Lo que era que... como se le había caído la pintura...

—Diez años más se le echaron encima.

—Eso sí.

Y todas ellas callaron de repente, ya en la calle, pensando por unanimidad en Minghetti y en la cara de pocos amigos que había puesto en el cuarto de la otra. Sebastián fué á acompañar á los de Körner hasta su casa. Nepomuceno había tenido que quedarse porque el alemán era muy delicado, ahora que se aproximaba la boda, en materias del qué dirán, y no gustaba de que á tales horas pudieran encontrar por las calles oscuras á su hija acompañada de su prometido, aunque Körner fuera con ellos. Aseguraba que para Alemania era buena la costumbre de dejar á los novios andar juntos y solos por cualquier parte, pero que en países meridionales toda precaución era poca. Por lo visto, temía los ardores del buen Nepomuceno.

Pero ¿y Reyes? preguntaban los amigos de la casa al separarse. ¿Dónde se habrá metido? En el cuarto de Emma no quedaba.

Bonis se había encerrado en su alcoba, ya que su mujer rechazaba enérgicamente las expansiones del futuro padre, que hubiera deseado vivamente saborear en santo amor y compañía de su esposa las delicias de la inesperada y bien venida noticia que acababa de darles D. Basilio.

A falta de su mujer, Bonis se contentó con su humilde lecho de *soltero*, en aquella alcoba suya, testigo de tantos pensamientos, de tantos sueños, de tantos remordimientos, de tantas penas y humillaciones devoradas entre sollozos. Su cama era su confidente, su mejor amigo; no el tálamo nupcial, el del cuarto de su mujer, no; aquellas pobres tablas de nogal, aquellas sábanas sin encajes (porque los encajes y puntillas le daban grima), aquella colcha de flores azules, que le decían tantas cosas poéticas y tristes, dulces, suaves, tan conformes con el fondo de su propio carácter. Parecía que á fuerza de haber mirado años y años aquellas flores, mientras su pensamiento vagaba por los mundos encantados de sus ilusiones, de sus penas, se le había pegado á la colcha como un barniz de idealidad una especie de musgo azul de sus ensueños... En fin, aquella colcha, y otra del mismo dibujo, pero de color de rosa, eran algo así como amigas íntimas, confidentes que á él le faltaban en el *mundo* de los vivos.

Muchas veces pensaba en esto: él no tenía, en rigor, amigos entre los hombres; ni amigos de la infancia, verdaderos, capaces de comprenderle y capaces de abnegación; ni amigos de la edad viril...; *il suo caro Mochi*... ¡bah! le había engañado una temporada. Era un vi-

vidor á quien Dios perdonara. Sus amigos eran las cosas. La montaña del horizonte, la luna, el campanario de la parroquia, ciertos muebles... la ropa de color, usada, de andar por casa... las zapatillas gastadas... el lecho de *soltero* sobre todo. Estos seres inanimados, de la industria, á los cuales dudaba Platón si correspondía una idea, eran para Bonis como almas paráliticas, que oían, sentían, entendían..., pero no podían contestar ni por señas.

Y, sin embargo, aquella noche solemne, al contemplar la colcha de flores azules, el dobléz humilde y corto de las sábanas limpias, las almohadas angostas y blandas, le pareció que todo aquello le sonreía con su frescura y con su aspecto de íntima familiaridad, mientras él se quitaba las botas y calzaba las babuchas. No había felicidad completa si los pies no descansaban en la suavidad del paño flojo de las zapatillas.

—¡Ajajá! exclamó al sentirse á su gusto. Y apoyando ambas manos en la cama, dejó que una dulcísima sonrisa le inundara el rostro con un reflejo de la alegría del corazón.

¡Ahora á meditar! ¡Á soñar! ¡Noche solemne! No había milagros: en eso estaba. No estaría bien que los hubiera. El milagro y el verdadero Dios eran incompatibles. Pero... ¡había Providencia! un plan del mundo, en armo-

nía preestablecida (él no usaba estas palabras; no pensaba esto con palabras) con las leyes naturales. Había coincidencias providenciales, que al hombre piadoso debían servirle de advertencias saludables, emanadas de Dios, traídas por la naturaleza. No era un milagro que se hubiesen equivocado los médicos que antaño le habían condenado para siempre á la esterilidad de su mujer; no era un milagro que Emma pariese ya cerca de los cuarenta años. Tampoco era milagrosa..., aunque sí admirable, la coincidencia de anunciarse la *venida del hijo* la misma noche en que se marchaba la *pasión*. Se iba Serafina y venía Isaac. El que debía llamarse Isaac, por lo que él sabía, pero que se llamaría, Dios sabía cómo, probablemente Diego, Antonio ó Sebastián, á gusto de la madre, tirana de todos. ¡Isaac! Lo más extraño, lo más admirable era aquello... sus visiones de la noche memorable del concierto, de aquel concierto en que nacieron gran parte de las desdichas de su casa, la corrupción al por mayor metida en ella. De aquel concierto también había nacido su anhelo creciente de paz, de amor puro, tranquilo... y aquella vaga esperanza, rechazada y rediviva á cada momento, de tener al fin un hijo, un hijo legítimo, único. Lo más admirable, sí, aunque no milagroso, era el cumplimiento de lo que él

disparatadamente llamaba, para sus adentros, «la Anunciación».

Tan exaltado se sintió, todo por dentro, tan lleno de ternura, que se tuvo un poco de miedo.

«¡Oh! ¡Si esto es estar loco, bien venida sea la locura!»

¡Estaba tan contento, tan orgulloso! No había duda. La Providencia y él se entendían. Había sido aquello como un contrato: «Que se marche ella, y vendrá él.»

Pero ella... ¿se habrá marchado del todo?

—Sí, dijo Bonis en voz alta, poniéndose en pie y dando una leve patada en el suelo.

«Sí; aquí no queda más que el padre de familia. Aquí, en este corazón, ya no hay sitio más que para el amor del hijo.»

Una voz secreta le decía que su nuevo amor era un poco abstracto, algo metafísico; pero ya cambiaría; cuando el chico estuviese allí, sería otra cosa. «Algo contribuía, pensaba Bonis, á la falta de *cariño humano* á su nene de sus entrañas, de que ahora se resentía, el no saber cómo llamarle. ¡Isaac! No; no sería Isaac. Además, Isaac no había sido *único hijo* de su padre. Aunque pareciera irreverencia, en rigor..., en rigor..., lo que correspondía era llamar á la criatura Manolín... ó Jesús. ¡No que él se comparase con Dios Padre, ni siquiera con San José!...»

La idea de San José le hizo incorporarse en la cama, donde ya se había tendido, sin desnudarse. Como Bonis no era creyente, en el sentido riguroso de la palabra, y sus dudas le habían llevado muchas veces á las cuestiones exegéticas, según él podía entenderlas, pensó en la posibilidad de que á San José le hubiese hecho la historia un flaco servicio, con la mejor intención, pero muy flaco. Sintió una lástima inmensa por San José. «Supongamos, se decía, que él, y nadie más que él, fuera el padre de su hijo putativo; que fuese el padre..., sin perjuicio de todas las relaciones misteriosas, sublimes, extranaturales, pero no milagrosas, que podía haber entre la Divinidad y el Hijo del hombre...; supongamos esto por un momento. ¡Qué horror! ¡Arrancarle á San José la gloria..., el amor... de su hijo!... ¡Todo para la madre! ¿Y el padre? ¿Y el padre?» Pensando estos disparates, se le llenaron los ojos de lágrimas. ¿Si estaría loco efectivamente? ¡Pues no se le ocurría, cuando debía estar tan contento, echarse á llorar, lleno de una lástima infinita del patriarca San José! Pero la verdad, ¡la historia! ¡la historia! La historia no sabía lo que era ser padre.

«Ni yo tampoco. Cuando tenga al muchacho junto á mí, en una cuna, no estaré pensando en San José ni en todas esas teologías...»

En aquel instante se le ocurrió esto: «El niño debiera llamarse Pedro, como mi padre.»

—¡Padre del alma! ¡Madre mía! sollozó, ocultando el rostro en las almohadas, que empapó en llanto.

Aquella era la fuente; allí estaba el manantial de las verdaderas ternuras... ¡La cadena de los padres y los hijos!... Cadena que, remontándose por sus eslabones hacia el pasado, sería toda amor, abnegación, la unidad sincera, real, caritativa, de la pobre raza humana; pero la cadena venía de lo pasado á lo presente, á lo futuro..., y era cadena que la muerte rompía en cada eslabón; era el olvido, la indiferencia. Le parecía estar solo en el mundo, sin lazo de amor con algo que fuese un amparo..., y comprendía, sin embargo, que él era el producto de la abnegación ajena, del sacrificio amoroso en indefinida serie. ¡Oh infinito consuelo! El origen debía de ser también acto de amor; no había motivo racional para suponer un momento en que los ascendientes amarán menos al hijo que éste al suyo... Bonifacio se había vuelto un poco hacia la pared; la luz, colocada en la mesilla de noche, pintaba el perfil de su rostro en la sombra sobre el estuco blanco. Su sombra, ya lo había notado otras veces con melancólico consuelo, se parecía á la de su padre, tal como la veía en los

recuerdos lejanos. Pero aquella noche era mucho más clara y más acentuada la semejanza. «¡Cosa extraña! Yo no me parecía apenas nada á mi padre, y nuestras sombras sí, muchísimo: este bigote, este movimiento de la boca, esta línea de la frente... y esta manera de levantar el pecho al dar este suspiro..., todo ello es como lo vi mil veces, en el lecho de mi padre, de noche también, mientras él leía ó meditaba, y acurrucado junto á él yo soñaba despierto, contento, con voluptuosidad infantil, de aquella protección que tenía á mi lado, que me cobijaba con alas de amor, amparo que yo creía de valor absoluto.--¡Padre del alma! ¡Cuánto me habrás querido!» se gritó por dentro...

Bonis no se acordaba de que no había cenado todavía, y dejaba que la debilidad se apoderara de él. Empezaba á sentirse mal sin darse cuenta de ello. Le temblaban las piernas, y los recuerdos de la infancia se amontonaban en su cerebro, y adquirían una fuerza plástica, un vigor de líneas que tocaban en la alucinación; se sentía desfallecer, y como disuelto, en una especie de plano *geológico* de toda su existencia, tenía la contemplación simultánea de varias épocas de su primera vida; se veía en los brazos de su padre, en los de su madre; sentía en el paladar *sabores* que había gusta-

do en la niñez; renovaba olores que le habían impresionado, como una poesía, en la edad más remota... Llegó á tener miedo; saltó de la cama, y de puntillas se dirigió á la alcoba de Emma. La Valcárcel dormía. Dormía de veras, con la boca un poco entreabierta. Dormía con fatiga; la antigua arruga de la frente había vuelto á acentuarse amenazadora. Bonis se tuvo lástima en nombre de todos los suyos. Sintió, con orgullo de raza, una voz de lucha, de resistencia, de apellido á apellido: lo que jamás le había pasado en largos años de resignada cautividad doméstica. *Los Reyes* se sublevaban en él contra *los Valcárcel*. ¡Oh! Cuánto daría en aquel momento por haber visto, por haber leído aquel libro de blasones familiares, de que, más que su padre, le hablaba su madre, muy orgullosa con la prosapia de su marido. Ella lo había visto: los Reyes eran de muy buena familia, oriundos de un pueblecillo de la costa que se llamaba *Raíces*. Bonis había pasado una vez por allí, en coche, sin acordarse de sus antepasados. ¿Quién se habrá llevado el libro? Un pariente, un tío... Su padre, D. Pedro Reyes, procurador de la Audiencia, con mala suerte y poca habilidad, no hablaba apenas de las antiguas grandezas, más ó menos exageradas por su esposa, de la familia de los Reyes; era un hombre sencillo,

triste, trabajador, pero sin ambición; de una honradez sin tacha, que se había puesto á prueba cien veces, pero sin lucimiento, por lo modesto que era el D. Pedro hasta para ser heroicamente incorruptible. Con los demás era tan tolerante, que hasta podía sospecharse de su criterio moral por lo ancha que tenía la manga para perdonar extravíos ajenos. Amaba el silencio, amaba la paz, y le amaba á él, á Bonis, y á sus hermanos, todos ya muertos. Sí; ahora veía con extraordinaria clarividencia, con un talento de observación que no había sospechado que él tenía dentro, los recónditos méritos del carácter de su padre. Su romanticismo, sus lecturas dislocadas, falsas, no le habían dejado admirar aquella noble figura, evocada por la sombra propia en la pared de su cuarto. Bonis, junto al lecho de Emma dormida, adoró, como un chino, la santidad religiosa de los manes paternos. ¡Oh! qué claramente lo veía ahora; cómo tomaban un sentido hechos y hechos de la vida de su padre que á él le habían parecido insignificantes! Hasta, alguna vez, se había sorprendido pensando: «Yo soy un cualquiera; no soy un hombre de genio; seré como mi padre: un bendito, un ser vulgar.» Y ahora le gritaba el alma: «¡Un ser vulgar!» ¿Por qué no?—¡Imbécil, imita la vulgaridad de tu padre! Acuérdate,

acuérdate: ¿qué anhelaba aquel hombre? Huir de los negocios, del tráfico y de las mentiras del mundo; encerrarse con sus hijos, no para recordar noblezas de los abuelos, sino para amar tranquila, sosegadamente, á sus retoños. Era un anacoreta, poco dramático, ... de la familia. Su desierto era su hogar. Al mundo iba á la fuerza. Su casa le hablaba, en silencio, con la dulzura de la paz doméstica, de toda la idealidad de que era capaz su espíritu cariñoso, humilde. La sonrisa de su padre al hablar con los extraños, tratando asuntos de la calle, era de una tristeza profunda y disimulada; se conocía que no esperaba nada de puertas afuera; no creía en los amigos; temía la maldad, muy generalizada; hablaba mucho á los hijos mayores de la necesidad de pertrecharse contra los amaños del mundo, un enemigo indudablemente. Sí; su padre hablaba á los de casa de lo que aguardaba fuera, como podía el hombre prehistórico hablar en su guarida, preparada contra los asaltos de las fieras, á las demás personas de la familia, aleccionándolas para las lides con las alimañas que habían de encontrar en saliendo. Más recordaba Bonis: que su padre, aunque ocultándolo, dejaba ver á su pesar que era un vencido, que tenía miedo á la terrible lucha de la existencia; era pusilánime; y, resignado con su pobreza, con la

impotencia de su honradez arrinconada por la traición, el pecado, la crueldad y la tiranía del mundo, buscaba en el hogar un refugio, una isla de amor, por completo separada del resto del universo, con el que no tenía nada que ver.» Para estas conjeturas de lo que su padre había sido y había pensado, Bonis se servía de multitud de recuerdos ahora acumulados y llenos de sentido; pero á lo que no llegaba con ellos era á vislumbrar en sus hipótesis históricas, en su recomposición de sociología familiar, la lucha que el padre debía de haber mantenido entre su desencanto, su miedo al mundo, su horror á las luchas de fuera y la necesidad de amparar á sus hijos, de armarlos contra la guerra, á que la vida, muerto él, los condenaba. D. Pedro había muerto sin dejar á ningún hijo colocado. Había muerto cuando la familia había tenido que renunciar, por miseria, á los últimos restos de forma mesocrática en el trato social y doméstico; cuando la pobreza había dado aspecto de plebeyo al decaído linaje de los Reyes. Y la madre, á quien esto habría llegado al alma, había muerto poco después: á los dos años.

«Y ahora venía otro Reyes. Es decir, algo del espíritu y de la sangre de su padre.» Bonis tenía la preocupación de que los hijos, más que á los padres, se parecen á los abuelos. La pa-

labra *metempsychosis* le estalló en los oídos, por dentro. La estimaba mucho, de tiempo atrás, por lo exótica, y ahora le halagaba su significado.—No será precisamente metempsicosis, pensó...; pero puede haber algo de eso... de otra manera. ¿Quién sabe si la inmortalidad del alma es una cosa así, se explica por esta especie de renacimiento? Sí, el corazón me lo dice, y me lo dice la *intuición*; mi hijo será algo de mi padre. Y ahora *los Reyes* nacen ricos; vuelven al esplendor antiguo...

Al pensar esto, un sudor frío le subió por la espina dorsal... Recordó, en síntesis de dos ó tres frases, el diálogo que aquella misma noche había sorprendido: el de Nepomuceno con Marta. ¡Oh! ¿Sería sino de los Reyes? ¡Nacía uno más... y... nacía en la ruina! ¡Estaban arruinados, ó iban á estarlo muy pronto; eso había dicho el tío, que sabía á qué atenerse!

Bonis tuvo que sentarse en una silla, porque en la cama de su mujer no se atrevió á hacerlo.

—¡Dios mío, en el mundo no hay felicidad posible! Esta noche, que yo pensé que iba á ser de imágenes alegres, de dicha *interior* toda ella... ¡qué horrible tormento me ofrece! ¡Arruinado mi hijo! ¡Y arruinado por culpa mía! Sí, sí, yo comencé la obra... Y además, mi ineptitud, mi ignorancia de las cosas más

importantes de la vida... los números... el dinero... las cuentas... ¡prosa, decía yo! ¡El arte, la pasión! eso era la poesía... ¡Y ahora el hijo me nace arruinado!

Emma se movió un poco y suspiró, como re-funfuñando.

Bonis estuvo un momento decidido á despertarla. Aquello corría prisa. Quería revelar-le el terrible secreto cuanto antes, aquella misma noche. No había que perder ni un día; desde la mañana siguiente tenían los dos que cambiar de vida, había que poner puntales á la casa, y esto no admitía espera...

«En adelante, menos cavilaciones y más acción. Se trata de mi hijo. Seré el amo, seré el administrador de nuestros bienes. ¿Y la fábrica, esa fábrica en que ni siquiera sé á punto fijo lo que hacen? Allá veremos. ¡Oh, señor don Juan, mi querido Nepomuceno, habrá *escena*, ya lo sé, pero estoy resuelto! Venga la *escena*. Pero todo eso, mañana. Ahora, lo inmediato; el *acto varonil*, digno de un *padre*, que correspondía á aquella noche, era... despertar á Emma, enterarla de todo.

Pero Emma despertó sin que nadie se lo rogase, y Bonis no tuvo tiempo para atreverse á abordar la cuestión del secreto descubierto: su mujer le insultó, como en los tiempos clásicos de su servidumbre, porque estaba allí pa-

pando moscas. Le arrojó de la alcoba á gritos, le hizo llamar á Eufemia y le dió, por mano de la doncella, con la puerta en las narices.

«También aquello tenía que concluir, pero... después del alumbramiento. Había que evitar el aborto; nada de disgustarla... En pariendo... y en criando... si criaba ella, como él deseaba, se hablaría de todo; se vería si un Reyes podía ni debía ser esclavo de una Valcárcel.

«Sin embargo, debo volver á entrar, con los mejores modos, para anunciarle el peligro...»

Levantó el picaporte de la puerta que se le acababa de cerrar..., pero volvió á dejarle caer.

Se sentía muy débil. No había cenado. Veía chispitas rojas en el aire. Había que tomar algún alimento y dejarlo todo para mañana. Ya era, así como así, muy tarde. Lo malo estaba en que no tenía apetito, aquel apetito que él perdía difícilmente.

Tomó dos huevos pasados por agua, y acabó por acostarse. Tardó mucho en dormirse; y soñó, llorando, con Serafina, que se había muerto y le llamaba desde el seno de la tierra, con un frasco entre los brazos. El frasco contenía un feto humano en espíritu de vino.



## XV

Emma defendió su esperanza de que el médico se equivocara, todo el tiempo que pudo, y con multitud de recursos de ingenio. En el asunto de la probanza que se sacaba de intimidades que ella tenía que confesar, intimidades que, por regla general, eran prueba plena, alegaba como excepción su extraña naturaleza, enemiga de todo ritmo en los fenómenos fisiológicos más corrientes. Pero su gran argumento consistía en presentarse de perfil:

—¿Ven ustedes? Nada. Y se apretaba el corsé más y más cada día, sin miedo, despreciando consejos de la prudencia y de la higiene. Se portaba como una pobre doncella para quien dejar de serlo fuera una gran vergüenza, y que quisiera esconder la prueba de su ignominia.

La murmuración de sus amigas se equivo-

caba al ver un fingimiento en esta oposición terca de la Valcárcel á la fatalidad de las cosas; no, no la halagaba ser madre á tales horas; el terror del peligro, que le parecía supremo, no le dejaba lugar para vanidades de ningún género. La enfermedad, la muerte..., eso, eso veía ella. «Yo no podré parir; me lo da el corazón. Yo no paro,» pensaba, con escalofríos, cuando á solas comenzaba á rendirse á la evidencia. «¡Á mi edad! ¡Primeriza á mi edad! ¡Qué horror! ¡Qué horror!... ¡Los huesos tan duros!...»

Emma se encerraba en su alcoba; se miraba en el espejo de cuerpo entero, en ropas menores, hasta sin ropa..., se examinaba detenidamente, se medía, se comparaba con otras, sacaba proporciones de ancho y de largo de su torso y de cuantas partes de su cuerpo creía ella, en sus vagas nociones de tocología instintiva, que eran capitales para el arduo paso. Y arrojándose desnuda, sin miedo al frío, en una butaca, rompía á llorar, furiosa; á llorar sin lágrimas, como los niños mimados, y gritaba: «¡Yo no quiero! ¡Yo no puedo! ¡Yo no sirvo!»

La muerte era probable, la enfermedad segura, los dolores terribles, insoportables..., *matemáticos*; por bien que librara, los dolores tenían que venir. ¡No! ¡No! ¡Jamás! ¿Para

qué? ¡Otra vez la cama, otra vez el cuerpo flaco, el color pálido, la *calavera* estallando debajo del pellejo amarillento; la debilidad, los nervios, la bilis..., y el tremendo abandono de los demás, de Bonis, del tío, de Minghetti! ¡Oh, sí! Minghetti, como todos, la dejaría morir, la dejaría padecer, sin padecer ni morir con ella... ¡El parto! Crueldad inútil, peligro inmenso... para nada: ¡qué estupidez!—Las mujeres felices, las mujeres entregadas á la alegría, al arte..., á... los barítonos..., las mujeres superiores, no parían, ó parían cuando les convenía, y nada más. ¡Parir! ¡Qué necedad! ¿Cómo no había previsto el caso? Se había dejado sorprender... Pero, ¿quién hubiera temido?... Y su cólera, como siempre, iba á estrellarse contra Bonis. El cual tuvo que desistir de sus ensayos de enternecimiento á dúo con motivo del próximo y feliz suceso, porque Emma, ni en broma, toleraba que se hablase del peligro que corría como de acontecimiento próspero.

Por fin llegó á ser una afectación inútil, ridícula, el negar la próxima *catástrofe*, pues por tal la tenía ella. Emma dejó de apretarse el corsé, dejó de defenderse; si en los primeros meses había sido poco ostensible el embarazo, al acercarse el trance saltaba á la vista. No era una *exageración*, decía Marta, pero era; allí estaba el *parvenú*, como le llamaba ella en

francés, riéndose con malicia, segura de que sólo Minghetti podía entenderla. Sebastián le llamaba, también con risitas y en sus coloquios maliciosos con Marta, el *inopinado*.

La Valcárcel, los primeros días de su derrota, cogía el cielo con las manos; no podía ya negar, pero protestaba. Mas aquella situación empezó á ser tolerable; se fué acostumbrando á la idea del mal necesario, se gastó el miedo, y por algún tiempo se quejó por rutina con un vago temor todavía, pero como si el día de la *crisis* se alejara en vez de acercarse. La primera vanidad que tuvo no fué la de ser madre, sino la de su volumen. Ya que *era*, que *fuera* dignamente. Y ostentaba al fin, sin trabas, con alardes de su estado, lo que quería ocultar al principio. Además, notaba que su rostro no empeoraba; aquellos diez años que el día del susto se le habían vuelto á la cara, ya no estaban allí; estaba mejor de carnes; la tirantez de las facciones y el color tomado no la sentaban mal, se veía lo que era, pero hasta parecía bien. «Efectivamente, como ser, el estado era *interesante*.»

Pero estos consuelos eran insuficientes. De todas maneras, aquello era una atrocidad preñada de peligros, de inconvenientes, de futuros males... y de males presentes.

Con Minghetti jamás hablaba de lo que se le

venía encima. Era un tema de que huían los dos en sus conversaciones. El barítono estaba contrariado, sin duda alguna. Sentía despecho, que le hacía sonreír con cínica amargura; se sentía metido en una atmósfera de ridículo. Si no fuera porque no había tales contratas, porque *el mundo del arte* le había olvidado, acaso hubiera preferido dejar aquella vida regada, sus emolumentos de director de la Academia de Bellas Artes, *los gastos de secretaría*, como le decía Mochi, antes de marchar... todo. Los amigos de la casa, hasta Marta y hasta las de Ferraz, cada cual según su género, hablaban con Gaetano del incidente de Emma con frases maliciosas, con sonrisas medio dibujadas; y Minghetti disimulaba mal la molestia que le causaba la conversación. «¡Qué discreto!» decían todos. «Así hacen siempre los Tenorios verdaderos, los afortunados de veras.» Nadie había podido sorprender en Minghetti el menor gesto, siquiera, de jactancia. Hasta se notó que miraba á Bonifacio con mayor respeto que nunca. En efecto; se le había sorprendido muchas veces contemplando al marido de Emma con extraña curiosidad, con una expresión singular, en que nadie podría adivinar ni una ráfaga de burla. Era, en fin, decían todos, la suma discreción.

La única vez que Minghetti y Emma habla-

ron del embarazo, sirvió para tormento de Bonis y del Sr. Aguado. Emma se empeñó en que debía dar baños de mar; era la época, y *aquello* todavía esperaba un poco; había tiempo de ir y volver. Por aquel tiempo los baños de mar todavía no eran cosa tan corriente como en el día. En el pueblo de Emma, aunque á pocas leguas de la costa, era escaso el número de familias que buscaban el mar por el verano.

Emma, por lo mismo que la cosa era de *distinción*, se empeñó en ella.

El médico no negaba que el baño de ola sería por lo menos inofensivo; pero, según y conforme: la cosa podía estar más cerca de lo que se creía, y en tal caso, sería una temeridad... Pero lo peor no era eso..., lo peor, lo verdaderamente peligroso, temerario, era el traqueo del coche... viaje de ida y vuelta... por aquellos vericuetos, con aquellos baches. ¡Absurdo!

—Pero Minghetti ha dicho...

—Señora, Minghetti que cante sus arias y sus romanzas, pero que no se meta en la Renta del Excusado.

—Minghetti ha viajado...

—Sí; pero no en estado interesante.

—No es eso. Digo que ha viajado, que ha visto mucho, y asegura que...

—Que las señoras *comm'il faut* no deben parir. Sí; ya conozco la teoría.

Contra los consejos de Aguado, los de Reyes fueron á baños.

Bonis estuvo tentado á oponerse, á inaugurar aquella energía que estaba decidido á poner en práctica en adelante, pues estaba asegurada, ó poco menos, la descendencia. Mas era tal la cólera que se pintaba en el rostro de Emma en cuanto su esposo indicaba siquiera el deseo de que se pesaran con detenimiento las razones del médico, que el infeliz Reyes continuó aplazando su resolución de *tomar el mando de la casa* y ser el *marido de su mujer* para después del parto.

«No; no perdamos lo más por lo menos. No la irriteamos; un malparto sería una catástrofe horrorosa; la catástrofe de mis esperanzas, de mi vida entera. Después del parto, ya hablaremos.»

«Pero Nepomuceno, Körner, el primo Sebastián, Marta, las de Ferraz, Minghetti, no iban á parir; ¿por qué no se atrevía con ellos? ¿Por qué no echaba de casa á los parásitos? ¿Por qué no ponía orden en los gastos, y orden en las costumbres de su hogar, inundado por aquel holgorio perpetuo?... Sobre todo, ¿por qué no se encerraba con Nepomuceno y le decía:—¡Eh, eh, amiguito; hasta aquí he-

mos llegado! A ver, por lo menos explíqueme usted eso de la ruina inminente...»

«¿Por qué no se atrevía con el tío y con los amigos de la casa?» El viaje á la costa vino á darle una tregua, que era todo un sofisma de la voluntad.

«Ahora nos vamos y no puede yo ponerme al frente de todo eso. A la vuelta, ¡oh! lo que es á la vuelta, tendré una explicación con el tío.»

Lo único que había osado Bonis antes de irse á baños, había sido olfatear un poco en los negocios de la familia. Tímidamente se atrevió á proponer á Körner y al tío que le llevaran consigo á ver la fábrica, que estaba á una legua de la ciudad, una legua de carretera llena de baches. Nadie sospechó que el viaje fuera malicioso, un espionaje. La ineptitud de Bonis para toda clase de negocio serio, industrial, económico, era tal, que oía hablar al tío y al alemán como si fuera griego todo lo que decían. Hablaban en su presencia del mal estado del *negocio antiguo* sin que comprendiera palabra. El negocio nuevo era otra cosa. Pero en ése no tocaban pito los fondos Valcárcel, como los llamaba el ingeniero, despreciándolos ya completamente. La fábrica de productos químicos languidecía; lo de sacarles á las algas sustancia se había abandonado casi

por completo; en *teoría*, el negocio era infalible; en la *práctica*, una calamidad. No se abandonaba por completo por tesón. El material adquirido, á costa de grandes é improductivos sacrificios, de los *fondos Valcárcel*, se empleaba en otras aplicaciones de tanteos aventurados, locos, desde el punto de vista económico; en pruebas que le servían á Körner para ensayar las novedades que veía en los periódicos técnicos, pero que en el comercio, en el triste comercio español, sobre todo en aquel rincón de España, sin comunicaciones apenas, sin ferrocarril todavía, resultaban desastrosas, una locura. En estas aventuras de romanticismo químico se empleaba poco dinero... porque ya no lo había; no lo había del caudal que hasta entonces había provisto á todo. Pero la industria nueva era otra cosa. Nada de vaguedades, nada de variedad de ensayos sin contar con las salidas probables; esto otro era... una fábrica de pólvora, la primera y única por entonces en la provincia. Körner la dirigía como ingeniero, y Nepomuceno estaba al frente de la Sociedad comanditaria que le daba el jugo crematístico. A los Valcárcel, agotados, les habían dejado algo, muy poco, y sin saberlo ellos apenas.

La fábrica de pólvora estaba implantada en los terrenos de la *vieja*, como llamaban ya á la

fábrica primitiva. No se sabía por qué para la antigua industria se habían comprado tantas hectáreas; pero ello había sido una fortuna... para la industria nueva, que, á bajo precio, había podido adquirir lo que la fábrica de pólvora necesitaba y lo que á la otra no le servía para nada. Aquel teje maneje industrial y administrativo en que por fas ó por nefas siempre figuraban Körner y Nepomuceno manejándolo todo, les había costado no pocas reyertas, y no pocas componendas..., y no pocos cuartos, por la necesidad de vencer escrúpulos de la ley y de la Administración pública, representada por el personal respectivo; pero hoy una comilona, mañana otra, regalitos, palmadas en el hombro, recomendaciones y otros expedientes, habían ido allanándolo todo.

Bonis, en la visita á las fábricas, no sacó nada en limpio más que el miedo invencible, que le tuvo ocupado el ánimo todo el tiempo que permanecieron cerca de la pólvora. La idea de volar, mucho más verosímil allí que á una legua lejos, no le dejó un momento. En cuanto á la fábrica vieja, la de *productos químicos*,—así, vagamente, en general,—no le pareció tan en los últimos como creía. Pensaba ver una ruina material, las paredes cuarteadas, la maquinaria podrida; las chimeneas sin humo. No había tal cosa; todo estaba en-

tero, casi nuevo, con vida, había ruido, había calor, había, aunque pocos, operarios... ¿Dónde estaba la ruina? No se atrevió á preguntar por ella, porque no quería que los otros sospechasen que él sabía algo del estado del negocio.

«Cuando volvamos de los baños y yo le pida cuentas al tío, averiguaré si esto nos produce algo ó nos arruina en efecto.»

Volvió, dando saltos como una codorniz, dentro del coche, y entró en la ciudad, decidido á no plantear nunca por propia cuenta una industria tan peligrosa como la de la pólvora.

Körner y el primo Sebastián, de quien ahora estaba enamorado el tío Nepomuceno, que le metió en sus negocios de muy buen grado, y haciéndole que se interesara en ellos por motivos de lucro, notaron á un mismo tiempo, y se comunicaron la observación, que hacía algunas semanas Bonifacio oía muy atento sus conversaciones acerca de las fábricas, y hasta rondaba las mesas del escritorio y miraba de soslayo los papeles que traían y llevaban.

—Ese imbécil parece que quiere enterarse, dijo Körner.

—Sí, eso he notado. Pero, ¿no ve usted qué cara de estúpido pone? No entiende una palabra.

—Sí; pero... no me fio. Tiene miradas... así,

como de espía. Hay que espiarle á él también.

Un día el tío, oyéndoles insistir en comentar la curiosidad inútil de Reyes, se quedó pensativo.

No dijo nada, pero se dedicó á observar también al sobrino por afinidad. En la mesilla de noche de su alcoba vió unos libros que le dieron que pensar.

No eran versos, ni novelas, ni *psicologías lógicas y éticas*, que era lo que solía leer Bonis. Allí estaba un tomo de *Los cien tratados*, enciclopedia popular, que junto á un curso abreviado de la cría de gallinas y otras aves de corral, mostraba un compendio de Derecho civil. Sobre este tomo vió otro que decía: *Laspra, Práctica forense*, y otro con el rótulo: *Código mercantil comentado*.

¿Qué significaba aquéllo?

Al día siguiente Ferraz, el magistrado alegre, encontró á Nepomuceno en la calle, y le dijo:

—¿Van ustedes á tener algún pleito?

—¿Cómo pleito? ¿Con quién?

—Lo digo porque todas las tardes veo á Bonifacio echar grandes párrafos en La Oliva con el Papiniano de la quintana, con Cernuda el joven.

—¡Hola! ¿Con que esas tenemos? pensó don Nepo; pero se guardó de decirlo. Y en voz alta,

echando á broma el aviso, que en realidad le había alarmado, dijo:

—Pensará hacerse abogado y estará dando lección con Cernuda. Amigo, ahora que va á ser padre, quiere ser un sabio; estudia mucho.

Los dos rieron la gracia, y sobre todo la malicia. Pero á don Nepo otra le quedaba. Lo de Cernuda era grave. Había que vivir prevenido.

Körner, Marta, Sebastián y el tío aconsejaron á Emma que cuanto antes se echase al agua. Minghetti vencía. Se buscó una carretela de buenos muelles, se encargó que fuera al paso, y el matrimonio y Eufemia se fueron á la orilla del mar.

Emma quería sentir algo extraño con el movimiento del coche; esperaba de aquel viaje imprudente una especie de milagro... natural. Que el hijo se le deshiciera en las entrañas sin culpa de ella. Gaetano había dicho que el viaje podría hacer fracasar el temido parto. La Valcárcel deseaba abortar, sin ningún remordimiento. No era ella; era el traqueo, el vaivén, las leyes de la naturaleza, de que tanto hablaba Bonis.

El cual iba aburriendo al cochero con sus precauciones, con sus avisos continuos.

—¡Cuidado! ¿Eh? ¿Qué es eso? ¿Un bache? ¡Maldito brinco! Despacio..., al paso, al paso...,

no hay prisa... ¿Cómo te sientes, hija? ¡Estos ingenieros de caminos! ¡Qué carreteras! ¡Qué país!

Y Emma, ignorante del peligro, pensaba: «Sí, sí; el país, los ingenieros; riete de cuentos; las leyes, las leyes de la naturaleza, que á ti te parecen inalterables y muy divertidas, esas, esas son las que te van á dar un chasco...»

Se quedó adormecida, y medio soñando, medio imaginando voluntariamente, sentía que una criatura deforme, ridícula, un vejete arrugadillo, que parecía un niño Jesús, lleno de pellejos flojos, con pelusa de melocotón invernal, se la desprendía de las entrañas, iba cayendo poco á poco en un abismo de una niebla húmeda, brumosa, y se despedía haciendo muecas, diciendo adiós con una mano, que era lo único hermoso que tenía; una mano de nacar, torneadita, una monada... Y ella le cogía aquella mano, y le daba un beso en ella; y decía, decía á la mano que se agarraba á las suyas: «Adiós..., adiós...; no puede ser..., no puede ser...; no sirvo yo para eso. Adiós..., adiós...; mira, las leyes de la naturaleza son las que te hacen caer, desprenderte de mi seno... Adiós, hija mía, manecita mía; adiós..., adiós... Hasta la eternidad.» Y la figurilla, que por lo visto era de cera, se desvanecía, se derretía en aquella bruma caliginosa, que

envolvía á la criaturita y á ella también, á Emma, y la sofocaba, la asfixiaba... Abrió los párpados con sobresalto, y vió á Bonis que, con la mirada de *Agnus Dei*, como ella decía, enternecida, clavaba sus ojos claros en el vientre en que iba su esperanza.

Llegaron sin novedad á la costa. Emma se bañó al día siguiente, con los cuidados que el médico del pueblo, consultado por Bonis, aconsejó. Por aquel doctor supo la Valcárcel, horrorizada, cuando se trató de dar la vuelta á la ciudad, que lo que ella creía aborto, en aquellas circunstancias podía ser mucho más peligroso que el parto en su día..., porque ya sería otra cosa: un verdadero parto antes de la cuenta, pero no aborto en rigor. Un siete-mesino de vida precaria, y gran peligro y grandes pérdidas de la madre..., eso era lo que podía producir el viaje á la ciudad si no se tomaban grandes precauciones. Emma chilló, cogió el cielo con las manos, insultó á Bonis, y á Minghetti, y á D. Basilio, ausentes. ¡Ella que creía engañar á la naturaleza! ¡Huía de un peligro y buscaba otro mayor! Pero, ¿por qué no me lo han dicho en casa?

—Pero, mujer; ¿no te advertimos Aguado y yo?...

—Aguado hablaba de perder la criatura, no de perderme yo. ¡Dios mío! Yo no me muevo;

pariré aquí, en esta aldea...; me moriré aquí... Yo no doy un paso más...

Costó gran trabajo meterla en el coche. El médico del pueblo tuvo que asegurarle bajo palabra de honor que él respondía de que no habría novedad si se tomaban las medidas de precaución que él señalara... Se hizo todo al pie de la letra. Se pidió prestado su mejor coche á una condesa de las cercanías; el cochero tuvo que jurar que los caballos no darían un paso más largo que otro; el carruaje se llenó de almohadones. Emma iba casi suspendida. Tuvo que confesar que no sentía el movimiento apenas. Durante el viaje, que duró tres horas más que el de ida, se durmió también, y se quedó con las manos apretadas sobre el vientre. Cuando despertó, vió á Bonis con la mirada grave, de expresión intensa, fija sobre el mismo sagrado bulto que oprimían los dedos de ella. Se lo agradeció; sonrió al esposo que la ayudaba á no soltar antes de tiempo la carga de sus entrañas, y le mostró, avergonzada de la caricia, como siempre que tenía estas debilidades, le mostró su gratitud dándole un suave puntapié en la espinilla. Y Bonis, que sentía lágrimas cerca de los párpados, pensó: «Lo mejor sería amar al hijo... y amar á la madre.»

Al bajar del coche, junto al portal de su

casa, Emma exigió que la ayudasen dos, que habían de ser Bonis y Minghetti; se dejó caer sobre ellos con todo su cuerpo, segura de no ser abandonada á su pesadumbre. Después, mientras Bonis y D. Nepo y los demás que habían acudido á recibirla daban órdenes para subir á casa el equipaje, ella emprendió la marcha escalera arriba, colgada del brazo de Gaetano. En el primer descanso se detuvo, respiró con dificultad, miró al barítono con fijeza, y acabó por decir:

—¿Y si me hubiera muerto en el camino... por culpa tuya?

—¡Bah!

—¡Sí, bah! Podía desangrarme; son habas contadas.

—No; hija mía, no. Parirás sin dolor, y tendrás un robusto infante.

Emma se puso muy encarnada. Minghetti, como distraído, le soltó el brazo, y siguió subiendo, delante, sin más cortesía, con las manos en los bolsillos del pantalón, silbando una cavatina con un silbido de culebra, que era una de sus habilidades. La Valcárcel acabó de subir sola, agarrada al pasamanos, y sujetando el vientre, como si temiera parir en la escalera.

Se acostó, é hizo venir á D. Basilio. Exigió un reconocimiento, del cual resultó que no

había novedad y que el tremendo trance de Lucina llegaría por sus pasos contados, ó no contados en aquella ocasión, á su debido tiempo.

Los de allá, como llamaban á Mochi y á la Gorgheggi, todos los de la alegre compañía, escribieron preguntando con gran interés por la salud de Emma.

Minghetti era el encargado de aquella correspondencia por parte de los de acá. Á la Coruña iban pocas cartas; pero de la Coruña venían con abundancia. Los ausentes sentían nostalgia de la *vita bona* que habían dejado. Serafina era la que más abusaba de la escritura. En una hermosísima letra inglesa, escribía pliegos y pliegos de literatura políglota; inglés, á veces, para las cosas más difíciles de decir, y que se quedaban sin entender si no acudían Körner ó Marta á traducirlas; italiano á menudo, y por lo común español. Aun en castellano había parrafillos que no comprendían los corresponsales de acá, no por las palabras, sino por los conceptos. Eran alusiones disimuladas y de mucho artificio que iban derechos al corazón y á los recuerdos de Bonis. Éste, á pesar de sus remordimientos, escribía de tarde en tarde á Serafina, que se lo había exigido. Tenía la cantante una pasión verdadera por las expansiones epistolares, y era

muy capaz de mantener la constancia de una llama amorosa, más ó menos mortecina, á fuerza de acumular paquetes de pleguezuelos perfumados llenos de letra menuda, cruzada como un tejido sutil. Pero si Bonis había consentido en *continuar sus relaciones* por escrito, se había opuesto en absoluto á que la cómica le escribiese á él directamente. Aunque era seguro que Emma había llegado á saber que su esposo era ó había sido amante de su amiga la Gorgheggi, y hacía la vista gorda, al fin no había que estirar la cuerda; tal vez si se desafiaba su dignidad de esposa burlada, pensaba y decía á su cómplice Bonifacio, tal vez estallase la cuerda y hubiera una de *pópulo bárbaro*. Á esto había contestado Serafina con extraña sonrisa: «Pero si tu mujer vive á lo gran señora, des preocupada, y sabe lo que es el mundo...»

Esta idea de la tolerancia perversa de su mujer sublevaba los sentimientos morales de Bonis; no admitía la hipótesis. «No; su mujer no podía despreciarle ni despreciarse hasta ese punto.» En fin, no transigió. Á él no se le podía escribir cartas de amor, que de fijo caerían en poder de Nepomuceno y de Emma, porque de seguro no se le respetaría la correspondencia, como no se le respetaban los demás derechos individuales.—La Gorgheggi

tuvo que resignarse, y se contentaba con escribir no sólo á Minghetti, en su nombre y el de Mochi, sino á Emma, su carísima amiga; y hasta en las cartas á ésta había contestaciones veladas, intercaladas con un disimulo que revelaba grandísimo arte, á los más esenciales conceptos de las escasas cartas de Bonis. Cuando el futuro padre vió aquellos pliegos en que se aludía al próximo alumbramiento de su mujer, y se aludía con misteriosas oscuridades, que no eran contestación á nada de lo que él había escrito, y más parecían malicias inextricables, sintió hasta repugnancia moral, y cortó por lo sano. Dejó de escribir á Serafina. «Así como así, todo aquello tenía que concluir pronto. En cuanto naciese el hijo. Más hubo. Reyes se hizo supersticioso á su manera; y si bien desechó por absurda, aunque simpática y bella, la idea de hacer una promesa á la Virgen del Cueto, imagen milagrosa de las cercanías, decidió *sacrificar* al buen éxito del parto todos sus vicios, todos sus pecados. «La estricta moralidad, pensó, será para mí, como si dijéramos, Nuestra Señora del Buen Parto.» Hizo examen de conciencia, y no encontró más pecado gordo que el de las *cartas adúlteras*. Suprimió las cartas. Serafina, á las pocas semanas, se quejó con el esoterismo epistolar de costumbre; pero Bonis no se dió

por enterado, y acabó por no leer siquiera las cartas que venían de la Coruña primero, y después de Santander. Así es que supo, porque la misma Emma se lo dijo, y se lo dijo después Minghetti, que Serafina estaba en situación poca halagüeña, pues trueno tras de trueno, Mochi, aburrido, se había marchado á Italia sin un cuarto, pero lleno de deudas; y ella, su amiga y discípula, quedaba en Santander sin contrata, sin dinero y con fundados temores de que su maestro y *babbo* espiritual no volviera á buscarla, aunque se lo había prometido.

Minghetti y Emma, que con el miedo á morir se á plazo fijo se sentía muy caritativa y compadecía mucho las desgracias ajenas á ratos perdidos, trataron en conferencia cómo se podía proteger á Serafina de modo compatible con la dignidad de la cantante. Se consultó con el tío también, y éste no ocultó la frialdad con que acogía aquel interés que se tomaba su sobrina por la protegida de Mochi. Dijo, secamente, que no se podía hacer nada por ella, ni con dignidad, ni sin dignidad, puesto que de todas suertes había de ser sin dinero.

A Bonis no se le habló de estos proyectos de socorro; primero, por la inveterada costumbre de no contar con él para nada; y después,

porque tanto á Minghetti como á Emma se les ocurrió, sin comunicárselo, que era demasiada desfachatez y falta de aprensión tratar con Bonifacio de semejante negocio.

Un día, cuando según los cálculos más probables, ya se aproximaba la *catástrofe* que horrorizaba á la Valcárcel, y en opinión de don Basilio se debía estar preparado á tenerla encima de un momento á otro, Reyes se encontró en el portal de su casa, al salir, con el cartero. No traía más que una carta.

—Para usted es, señorito; dijo el hombre con voz solemne, como dando gran importancia á lo extraordinario del caso.

—¡Para mí! Bonis se apoderó del papel como de una presa, como si se lo disputaran; miró azorado á la escalera y hacia la calle temiendo que aparecieran testigos; y cuando ya el cartero tomaba la puerta, le dijo asustado, temblando ante el temor de que no se le hubiera ocurrido llamarle:

—Oiga usted, cartero... El cuarto, el cuarto, hombre.

—No, señorito; no es puñalada de pícaro; otro día cobraré.

—No, no; si tengo yo. Tome usted. Las cuentas claras. Tome usted. Y le entregó una pieza de dos cuartos.

—Sobra uno, señorito; queda en cuenta,

¿eh? para mañana. Ya que usted es tan puntual, yo también...

—¡No, no! de ninguna manera. Quédese usted con el otro ó délo á un pobre.

El cartero se fué riendo.

—Riéndose va de mí, pensó Bonis; ¡creerá que he querido comprar su silencio con dos maravedís!

No había leído el sobre de la carta, que guardó azorado en el bolsillo. Pero no necesitaba leer nada. Estaba seguro; era de Serafina. En efecto; en el café de la Oliva leyó aquel pliego, en que la Gorgheggi se le quejaba como una Dido muy versada en el estilo epistolar. ¡Qué elocuencia en los reproches! Toda aquella prosa le llegó al alma. Se quejaba de su largo silencio; sabía, por las cartas de Emma, que él, Bonis, ya no leía las suyas, las de su *querida* Serafina. Por eso sin duda no la había ofrecido ni un consuelo en la terrible situación á que había llegado. Tal vez él no creía en tal penuria; tal vez, como un miserable, pensaba que ella podía entregarse á cierta clase de aventuras, que le facilitarían suficientes medios para vivir en la abundancia. Pues, no, no. Creyéralo ó no, ella no podía dejar de volver los ojos á la vida tranquila, serena, que él la había enseñado á preferir, penetrando sus verdaderos goces.

Venía á decirle, á su modo, con muchas frases románticas, pero con sinceridad, por lo que al presente se refería, que aquel tiempo pasado en el pueblo de Bonis la había transformado, y no podía lanzarse á la vida alegre en que su hermosura la prometía triunfos y provecho. Ocultaba, como siempre, las aventuras antiguas, pero no mentía en cuanto á la actualidad.

En la Coruña, en Santander, había resistido á todas las seducciones del dinero, únicas que, en verdad, se le habían presentado. Pudo tener amantes ricos, y no quiso.

Era fiel á Bonis como una buena casada que no ama á su esposo, pero le respeta, le estima, y estima y respeta, sobre todo, la honradez. A Serafina le había sabido á gloria la vida de señora de pueblo que había hecho junto á Reyes; de una señora con unas relaciones prohibidas, eso sí, pero sólo aquellas.

«El maestro, seguía diciendo la carta, ha prometido volver á buscarme en cuanto haya una contrata aceptable; pero el tiempo vuela, yo me desespero, Mochi no viene, y estoy delicada, nerviosa, muy triste... y muy pobre. La voz, además, se me va á escape; el teatro empieza á darme miedo; he recibido ciertos desaires, disimulados, del público, que me han sabido al hambre futura, al hospital en

lontananza. No te pido un asilo; no te pido una limosna. Pero me voy cerca de ti. Quiero ser *burguesa*. En tu casa, á tu lado, aprendí á serlo, á mi manera. Aquella paz del alma de que me hablabas tantas veces la necesito yo también. Eso y un poco de pan... y un poco de patria, aunque sea prestada. Le he tomado cariño á ese rincón tuyo, como se lo tuve en otro tiempo á aquel otro rincón verde de Lombardía de que te hablaba yo, cuando tú me adorabas como á la *madonna*. Ya sé que el amor no es eterno. No te pido amor, te pido amistad, cierto cariño que no niegan los esposos menos fieles á su mujer. Y tampoco les niegan un asilo. Yo no puedo vivir en tu casa; pero puedo vivir en tu pueblo. A lo menos por algún tiempo: déjame ir. Ahora necesito descansar. Estoy enferma por dentro, por muy adentro. Desquiciada. Necesito ver caras amigas. Tú no sabes qué pena es no tener patria verdadera cuando el cuerpo se fatiga, quiere descanso y el alma pide paz y vivir de recuerdos. Yo antes no pensaba así. Pero tú, tus manías de moral estrecha, hasta tu caserón vetusto con sus aires tradicionales, señoriles, todo eso se me ha metido por el alma. Algunas veces te oí decir que nosotros, los pobres cómicos, os habíamos pegado á ti y á los tuyos nuestras costumbres alegres, despreocupadas.

Todo se pega. También á mí me habéis pegado vosotros, tú, tú, Bonis, sobre todo, vuestras preocupaciones y vuestro temor de la vida incierta, peregrina. Esto de que le lleve á uno el viento de un lado á otro, es terrible. Voy á verte. Además, esto, Bonis, *voy á verte*. A ti ya no te importa. Pero á mí... todavía sí. Yo no soy tu mujer; pero tú eres mi marido. No tengo otro. Si yo hubiera sido la hija mimada del abogado Valcárcel, la bendición que santificó tus amores con otra hubiera caído sobre mí. No des al azar más importancia que tiene. Ya sabes cómo soy; el mejor día estoy contigo. ¿Me cerrarás tu puerta? ¿Manda eso la moral que usas ahora? A ti te quiere todavía mucho, Bonifacio Reyes, te quiere, SERAFINA.»

Bonifacio no dudó un momento de la sinceridad de tanta prosa. Sintió lástima infinita, amor retrospectivo; la voluptuosidad antigua, evocada por los recuerdos, se purificaba. Se vió desorientado dentro de la conciencia, la brújula del deber le daba vueltas en la cabeza como una loca. Él debía algo también á Serafina. Si ella le había corrompido el corazón, el tálamo, él le había pegado á ella aquellos instintos de vida ordenada, pacífica, honrada. Y además... le pedía pan la que le había hecho feliz.

«¡Sofismas, sofismas! le gritaba de repente el *hombre nuevo*, como él se decía. Voy á ser padre, y en la casa en que nazca mi hijo no pueden entrar queridas de su padre. Se acabaron las queridas... y, sobre todo, se acabó el dinero. Yo no gastaré ya un cuarto en cosa que no le importa á mi hijo. Todo por él, todo por él. Y se acabó. No hay que darle vueltas. Esto es ser cruel. Esto es ser egoísta. Bueno. Egoísta por mi hijo. No me repugna. Por él, cualquier cosa. Me agarro á lo absoluto. El deber de padre, el amor de padre, es para mí lo absoluto.»

Estas frases y otras por el estilo no imperaban siempre en el alma de Reyes. Desde que llegó la carta de Serafina fué la existencia de Bonis de lucha continua consigo mismo; una batalla perenne, como tantas otras que se había dado á sí propio, siempre derrotado.

Serafina llegó; se presentó en el caserón de los Valcárcel, fué bien recibida por Emma, por Nepo, por Sebastián, por Marta, por todos, y Bonis no tuvo valor para mostrarse esquivo. Lo que no hizo fué oficiar de amante, ni Serafina mostró deseos de reanudar las relaciones, por lo pronto. Él, sin embargo, se acordaba de lo que decía la carta sobre el particular. Los ojos de la Gorgheggi parecían recitar con sus miradas el final de la epístola; pero los labios

no decían nada de tales ternezas. Tampoco le tocó la cuestión espinosa y delicada de los *alimentos*, que parecía reclamar la antigua querida.

La cantante dijo que venía á esperar á Mochi, que le había ofrecido volver á su lado para llevarla contratada á América. No pidió nada á nadie. Vivía modestamente en su antiguo cuarto de la Oliva. La visitaban Minghetti, Körner, Sebastián y otros amigos antiguos. Bonis no la veía más que en su propia casa, es decir, en casa de su mujer. Ella no se quejaba de esta conducta. No hacía más que mirarle con ojos amantes en cuanto había ocasión de verse solos.

Reyes estaba satisfecho de su entereza. Había sentido mucho, mucho, al ver en su presencia á la tiple... Pero se había contenido pensando en su futuro *sacerdocio* de padre. Aquella lucha en que esta vez iba venciendo-se á sí mismo, le parecía una iniciación en la vida de virtud, de sacrificio, á que se sentía llamado. Con la energía empleada en esta violencia hecha á la pasión antigua, daba por gastada toda la fuerza de su pobre voluntad, y se perdonaba, con pocos escrúpulos, los aplazamientos y prórrogas que iba dando á lo de las *cuentas del tío*. Sí, pensaba explicarse; pensaba plantear la cuestión... pero pasaban

los días y no hacía nada. Nada entre dos platos. Leía Derecho civil, leía un Código de comercio que tenía por apéndice un tratado de teneduría de libros; consultaba con Cernuda el joven, elocuente abogado y... nada más. El tío se preparaba sin duda. Esperaba una acometida. ¡Oh! ¡Bien sabía Bonis que Nepo tendría armas con que defenderse! Por eso tomaba vuelo; por eso daba largas al asunto... por eso, valga la verdad, le temblaban las piernas cada vez que se decía: «Hoy mismo llamo aparte al tío y le digo...»

¡Pero si no sabía lo que había de decirle siquiera! Una tarde llegó el cartero con dos cartas del correo interior. Una era de Serafina, que no había parecido por casa de Emma hacía tres ó cuatro días; escribía esta vez á Bonis, sin acordarse de lo tratado, que era no escribirle á él, y le decía que se sentía mal y con disgustos repugnantes por causa de una letra de Mochi, que no había llegado. Le pedía consuelo, una visita y... algunos duros adelantados. Lo sentía infinito, pero el fondista de la Oliva le había herido el amor propio, la había ofendido, y quería pagar para tener derecho de dejar aquella posada, y decirle al grosero que no sabía tratar con una dama, sola, sin un hombre que la defendiera.

Ante esta misiva, los primeros impulsos de

Bonis fueron dignos de un Bayardo y de un Creso, en una pieza. Por un momento se olvidó de su *sacerdocio* y se vió en el *terreno* atravesando al huésped de la Oliva de una estocada, y arrojándole á los pies un bolsillo de malla, como los que usaba Mochi en las óperas... Pero la letra contrahecha de la otra carta le llamó la atención; rompió el sobre y leyó de un golpe, ¡y qué golpe! el contenido del anónimo, pues lo era. No decía más que esto: «¡Ladrón! ¡Sacrilego! ¿Dónde están los siete mil reales devueltos en el confesonario por un pecador arrepentido?»

Bonis, que estaba en su alcoba, se dejó caer sentado sobre la colcha de flores azules de su humilde lecho. Sintió un sudor frío, la garganta apretada.

«¡Me estoy poniendo malo!» se dijo. Pero de repente olvidó su mal, el anónimo, todo, porque Eufemia entró gritando, corriendo; tropezó con las rodillas de Bonis, y exclamó:

—¡Señorito, señorito!... La señorita está con los dolores.

Bonis saltó como un tigre, corrió por salas y pasillos, con una bota y una zapatilla, tal como le habían sorprendido las cartas malhadadas, y llegó al gabinete de su esposa en pocos brincos.

Horrorizada, con cara de condenado del in-

fierno, Emma se retorció agarrada con uñas de hierro á los hombros y al cuello de Minghetti, que no había tenido tiempo para levantarse de la banqueta del piano. Estaba él cantando y acompañándose, según costumbre, cuando su discípula lanzó un chillido de espanto, sorprendida y horrorizada por el primer dolor del parto próximo. Se había agarrado al maestro y amigo, no sólo con el instinto de toda mujer en trances tales, sino como dispuesta á no morir sola, si de aquello se moría; decidida á no soltar la presa esta vez y llevarse consigo al otro mundo al primero que cogía á mano.

Al presentarse Bonis, hubo en los tres un movimiento que pareció obedecer al impulso de un mismo mandato de la conciencia; Emma soltó el cuello y el hombro de Gaetano; éste dió un brinco, separándose de Emma, y Reyes avanzó resuelto, con ademán de reivindicación, á ocupar el sitio de Minghetti. Emma se agarró con más ansia, con más confianza al robusto cuello y al pecho de su marido, que sintió en el contacto de las uñas y en el apretón fortísimo, nervioso, una extraña delicia nueva, la presencia indirectamente revelada del ser que esperaba con tanto deseo. Aquello *era* él, sí, él, el hijo que estaba allí, que se anunciaba con el dolor de la madre, con esa solemni-

dad triste y misteriosa, grave, sublime en su incertidumbre, de todos los grandes momentos de la vida natural.

En el apretar desesperado de Emma á cada nuevo dolor, Bonis sentía, además de los efectos naturales de la debilidad femenina en tal apuro, además de meros *fenómenos fisiológicos*, el carácter de la esposa; veía el egoísmo, la tiranía, la crueldad de siempre. Un tanto por ciento de aquel daño que Emma le hacía al apoyarse en él, y como procurando transmitirle por el contacto parte del dolor, para repartirlo, lo atribuía Bonis al deseo de molestarle, de hacerle sufrir por gusto.

—¡Que me muero, Bonis, que me muero! gritaba ella, encaramada en su marido.

El peso le parecía á él dulce, y la voz amante. Buscó el rostro de Emma, que tenía apoyado en su pecho, y encontró una expresión como la de Melpómene en las portadas de la *Galería dramática*. Los ojos espantados, con cierto extravismo, de la parturiente, no expresaban ternura de ningún género; de fijo ella no pensaba en el hijo; pensaba en que sufría nada más, y en que se podía morir, y en que era una atrocidad morirse ella y quedar acá los demás. Padecía y estaba furiosa; tomaba el lance, en la suprema hora, como un condenado á muerte, inocente, pero no resignado y

apegado á la vida. Hubo un momento en que Bonis creyó sentir los afilados dientes de su mujer en la carne del cuello.

Minghetti había desaparecido del gabinete con pretexto de ir á avisar á más señores.

En efecto; poco después se presentaba el primo Sebastian, pálido; y á los cinco minutos Marta, muy contrariada, porque aquello podía retrasar algunos días su *próximo enlace*, y tal vez el bautizo eclipsara la boda. Se creería, por su modo de mirar la escena, que se habían dado garantías de que Emma no pariría hasta después de casarse ella. Por fin se presentó Nepomuceno, acompañado del médico antiguo, del partero insigne; porque, con perdón de D. Basilio, Emma le tenía guardada aquella felonía; hasta el día del trance, Aguado; pero en el momento crítico, si la cosa no venía muy torcida, el otro. Quería parir con el milagroso comadrón popular, á quien jamás se le moría ninguna cliente. Damas y mujeres del pueblo tenían más fe en aquel hombre que en San Ramón. Las que morían, morían siempre en poder de los tocólogos sin prestigio sobrenatural. El comadrón insigne sabía llamar á tiempo á sus colegas. A falta de ciencia, tenía conciencia, y de camino ayudaba á la leyenda que le hacía infalible.

Bonis, que siempre había defendido á los

tocólogos de la ciudad y atacaba con dureza la fama milagrosa del gran comadrón, al ver entrar á éste se sintió contaminado de la fe general. Que perdonaran la ciencia y el señor Aguado... pero él también se sentía lleno de confianza en presencia de aquel ignorante tan *práctico*, por más que un día lejano le había condenado á él falsamente á la esterilidad de su mujer. Aquel era el falso profeta que le había arrancado la esperanza de ser padre, al llegar á la dignidad que le parecía más alta. Fuera como quiera, don Venancio entró, como siempre, dando gritos; riñendo, declarando que no respondía de nada porque se le llamaba tarde. No saludó á nadie; separó á Reyes de un empujón del lado de su esposa; á ésta la hizo tenderse sobre el lecho, y en las mismas narices del pasmado Bonis, le pidió tal clase de utensilios, que á él, el padre futuro, se le figuró que lo que el ilustre comadrón exigía eran materiales para fabricar un cordel con que ahogarle al hijo.

Sebastián, escéptico en todo desde que había dejado el romanticismo y engordado, se sonreía, asegurando en voz baja que la cosa no era para tan pronto.

D. Venancio se apresuraba, tomando medidas con ademanes de bombero en caso de incendio. Siempre hacía lo mismo. Sebastián le

había visto en muchas ocasiones, que no eran para referidas.

Marta creyó que en el papel de niña inocente que la había tocado en aquella comedia, había esta acotación: *Vase*. Y se retiró al comedor, donde encontró á Minghetti, que mojaba bizcochos en Málaga. No estaba alegre como solía.

Desde allí se oían, de tarde en tarde, los gritos de Emma como si los diera con sordina.

Marta miraba al italiano con curiosidad maliciosa. «¡Cosas del mundo!» pensaba la alemana, que en el fondo, para sus puras soledades, era más escéptica que Sebastián. «¡Éste aquí como si nada le importara, y el otro infeliz!...» Minghetti seguía mojando bizcochos y bebiendo Málaga. Acabó por fijarse en la mirada insistente y expresiva de Marta. Tomó el rábano por las hojas, y acercándose á la rozagante alemana, cuando ella creía que le iba á revelar un secreto, á hacer alguna íntima confidencia..., la cogió por el talle y le selló la boca con un beso estrepitoso.

El grito de Marta se confundió con otro de los lejanos que lanzaba la parturiente.



## XVI

«¡Iba á ser padre!» Á tal idea, en su cerebro estallaban las frases hechas como estampidos de pólvora en fuegos de artificio. Con gran remordimiento notaba Reyes que su corazón tomaba en el solemne suceso menos parte que la cabeza... y la retórica. Aquella *dignidad nueva*, la primera, en rigor, de su vida, á que *era llamado*, ¿por qué le dejaba, en el fondo, un poco frío? Sobre todo, ¿por qué no amaba todavía al hijo de sus entrañas, en cuanto hijo, no en cuanto *concepto*?... ¿Hijo ó hija? Misterio, pensó Bonis, que en aquel instante dudaba de la sanción que la realidad presta á las corazonadas. Tal vez hija; aunque, ¡Dios no lo quiera! Misterio.»

Y levantó el embozo de la cama, y se metió entre sábanas.

Aquello de acostarse, siquiera fuese por po-

cas horas, le parecía algo como una *abdición*. «Era el papel de esposo, llegado el trance del alumbramiento, demasiado pasivo, desairado.» Bonis tenía comezón de hacer algo, de intervenir directa y eficazmente en aquel negocio, que era para él de tan grave importancia.

Más era: aunque la razón le decía que en casos tales todos los maridos del mundo tenían muy poco que hacer, y que todo era ya cosa de la madre y del médico, se le antojaba que él estaba siendo allí todavía más inútil que los demás padres en igual situación; que se le arrinconaba demasiado, que se prescindía demasiado de él.

Sin embargo, lo que le había dicho D. Venancio no tenía vuelta de hoja.

—Usted, amigo Bonifacio, á la cama; á la cama unas cuantas horas, porque esto puede ser largo, y vamos á necesitar las fuerzas de todos; y si no descansa usted ahora, no podrá servir como tropa de refresco cuando se necesite.

«Bien; esto era racional. Por eso se acostaba, porque él siempre se rendía á la razón y á la evidencia, y pensaba rendirse aún más, si cabía, ahora que iba á ser padre y tenía que dar ejemplo. Pero lo que no tenía razón de ser era el despego de todos los demás, Em-

ma inclusive, y las miradas y gestos de extrañeza con que recibían sus alardes de solicitud paternal y marital todos los que andaban alrededor de su mujer. Doña Celestina, la matrona matriculada, que había venido por consejo de D. Venancio; el marido de la partera, D. Alberto, que también andaba por allí; Nepomucemo, Marta, Sebastián y hasta el campechano Minghetti, si bien éste le miraba á ratos con ojos que parecían revelar cierto respeto y algo de pasmo.

Recapacitando y atando cabos, Bonis llegó á recordar que Serafina misma le había querido dar á entender, de tiempo atrás ya, que el nacimiento de su hijo, el de Bonis, era cosa que no debía tomarse con calor; el mismísimo Julio Mocchi, en cierta carta escrita meses antes desde la Coruña, le hablaba del asunto y de su entusiasmo paternal con una displi-cencia singular, con palabras detrás de las cuales á él se le antojaba ver sonrisas de compasión y hasta burlonas. Pero, en fin, lo de Serafina y lo de Mocchi podían ser celos y temor de perder su amistad y protección. Serafina veía, de fijo, en *lo que* iba á venir un rival, que acabaría por robarla del todo el corazón de su ex amante, de su buen amigo... «¡Pobre Serafina!» No, no había que temer. Él tenía corazón para todos. La caridad, la fra-

ternidad, eran compatibles con la moral más estricta. Sin contar con que... francamente, aquello del amor paternal no era cosa tan intensa, tan fuerte, como él había creído al verlo de lejos. ¡Cá! No se parecía á las grandes pasiones ni con cien leguas. ¿Dónde estaba aquella íntima satisfacción egoísta que acompaña á los placeres del amor y de la vanidad halagada? ¿Dónde aquel sonreír de la vida, que era como el cuadro que encerraba la dicha en los momentos sublimes de la pasión?

Esto era otra cosa; un sentimiento austero, algo frío, poético, eso sí, por el misterio que le acompañaba; pero más tenía de solemnidad que de nada. Era algo como una investidura, como hacerse obispo; en fin, no era una alegría ni una *pasión*.

Y daba vueltas Bonis en su lecho, impaciente, como en un potro, conteniéndose tan sólo por cumplir el racional precepto de D. Venancio.

«Claro, hay que descansar; puede parir esta noche, ó no parir hasta mañana... ó hasta pasado. Pueden ser todos estos gritos falsa alarma. ¡Buena es ella! Si no fuera porque don Venancio ha tocado la criatura..., todavía me escamaba yo. Pero, de todas suertes, Emma es capaz de quejarse de los dolores un mes antes de lo necesario. Sí, durmamos. Puede esto ir

para largo y tener que velar mucho... Si me dejan esos intrusos. Lo que extraño es que Emma, que siempre me ha tenido por enfermero, y casi casi por mesilla de noche, no me llame ahora á su lado. ¡Mujer más rara! Y ahora que yo la ayudaría con tanto gusto.»

El calorcillo de las sábanas, que empezaba á sonsacarle el sueño, inclinándole á las visiones vagas, á la contemplación soporífera de imágenes y recuerdos halagüeños, le hizo pensar, suspirando:

—¡Si hubiese sido mi mujer Serafina, y este hijo suyo, y yo algo más joven!

Como si el pensar y el desear así hubiera sido una navajada, allá en sus adentros, no sabía dónde, Bonis sintió un dolor espiritual, como una protesta, y en los oídos se le antojó haber sentido como unas burbujillas de ruido muy lejano, hacia el cuarto de su mujer; una cosa así como el lamento primero de una criaturilla.

—¡Dios mío, si será!... Sin querer confesárselo, sintió un remordimiento por lo que acababa de pensar, y la superstición le hizo creer que su hijo nacía en el mismo instante en que el padre renegaba en cierto modo de él y de su madre.

—¡Alma de mi alma! gritó Bonis, echándose de un salto al suelo; ¡sería eso como nacer

huérfano de padre! ¡Hijo mío! ¡Emma, Emma, mujercita mía!

Se abrió la puerta de la alcoba, y antes que nada, Bonifacio oyó distinto, claro, el quejido sibilítico de un recién nacido. «¡Su propia carne volvía á nacer llorando!»

—¡Un niño, tiene usted un niño, señor! gritaba Eufemia, que entraba como un torbellino y llegaba hasta tocar al pasmado Bonis, sin reparar en que estaba el señorito en camisa en mitad de la alcoba. Ni ella ni él veían esto; la criada estaba entusiasmada, enternecida; Bonis se lo agradecía en el alma, mientras se ponía los pantalones al revés y tenía que deshacer la equivocación, temblando, anhelante, dudando si romper una vez más con lo *convencional* y echar á correr en calzoncillos por la casa adelante. Pero no; se vistió á medias, y tropezando con paredes, y puertas, y muebles, y personas, llegó al pie del lecho de su esposa.

En el regazo de doña Celestina vió una masa amoratada que hacía movimientos de rana; algo como un animal troglodítico, que se veía sorprendido en su madriguera y á la fuerza sacado á la luz y á los peligros de la vida; Bonis, en una fracción de segundo, se acordó de haber leído que algunos pobres animalejos del mar, huyendo de sus enemigos más poderosos,

se resignaban á vivir escondidos bajo la arena, renunciando á la luz por salvar la vida: en prisión eterna por miedo del mundo. Su hijo le pareció así. ¡Había tardado tanto! Se le figuró que nacía á la fuerza, que se le hacía violencia abriéndole las puertas de la vida...

—¡Coronado, Bonis, coronado! decía una voz débil y mimosa, excitada, desde la cama.

Bonis, sin entender, se acercó á Emma y le dió un abrazo, llorando.

Emma lloraba también, nerviosa, muy débil, demacrada, convertida en una anciana de repente. Se apretó al cuello de su marido con la fuerza con que ella se agarraba á la vida, y como quejándose, pero sin la voz agria de otras veces, siguió diciendo:

—¡Coronado, Bonis, coronado, ¿sabes? estuvo coronado!

—¡Claro, como que nació de cabeza! gritó D. Venancio, que estaba al otro lado del lecho, con los brazos remangados, con algunas manchas de sangre en la camisa y en el levitón, sudando, muy semejante á un funcionario del Matadero.

—¡Pero estuvo mucho tiempo coronado..., Bonis!

—Sí, siglos, dijo el médico.

—Á ti no se te dijo; se te hizo marchar; pero hubo peligro, ¿verdad, D. Venancio?

—Pero, hija mía, si acababa de acostarme...

—Sí; pero hace mucho tiempo que la cosa estaba próxima..., estaba coronado..., y no se te decía por no asustarte... ¡hubo peligro!...

Y Emma lloraba, con algún rencor todavía contra el peligro pasado, pero más enternecida por el placer de vivir, de haber salvado, con el alma llena de un sentimiento que debía ser de gratitud á Dios y no lo era, porque ella no pensaba en Dios; pensaba en sí misma.

—Vaya, vaya, menos charla, gritó D. Venancio; y escondió con el embozo los hombros de Emma.

—Y ahora, ¡cuidado con dormirse!

—No, hija mía, dormir, no; eso sí que sería peligroso, exclamó Bonis con un escalofrío. La idea de la muerte de su mujer se le pasó por la imaginación como un espanto. ¡Morir ella! ¡Quedar *el* sin madre!—Y se volvió á su hijo, que lloraba como un profeta.

¡Oh portento! En aquel instante vió en el rostro del recién nacido, arrugado, sin gracia, lamentable, la viva imagen de su propio rostro, según él lo había visto á veces en un espejo, de noche, cuando lloraba á solas su humillación, su desventura. Se acordó de la noche que había muerto su madre; él, al acostarse, desolado, se había visto en el espejo de afeitarse, distraído, por hábito, para observar si

tenía ojeras y la lengua sucia, y había notado aquella expresión tragicómica, aquella cara de mono asfixiándose, que era tan diferente de la que él *creía poner* al sentir tanto, de modo tan puro y poético. Aunque era de facciones correctas, llorando se *ponía* muy feo, muy ridículo, con un gesto parecido al que daba á su cara la música más sentimental, interpretada en la flauta de Valcárcel. Su hijo, su pobre hijo, lloraba así: feísimo, risible y lamentable también. Pero... ¡era su retrato! Sí, lo era con aquella expresión de asfixia. Después, al serenarse un poco, gracias á un trago de agua azucarada, que debió de parecerle una inundación agradable, hizo una mueca con boca y narices, que llevó á Bonis al recuerdo del abuelo. «¡Oh, como mi padre! ¡Como yo en la sombra!»

Y al mismo tiempo que sentía como un descanso espiritual, y un orgullo animal, de macho, el remordimiento de haber engendrado le punzaba con los primeros dolores de la paternidad, que van formando, por aglomerados de sobresaltos, penas extrañas, que lastiman como propias, la santa caridad del amor á los hijos.

La conciencia le decía á Bonis: «Ya no volveré á estar alegre, sin cuidados; pero ya no seré jamás infeliz del todo... si me vive el

hijo.» El mundo adquiriría de repente á sus ojos un sentido sólido, positivo; se hacía él más de la tierra, menos de lo ideal, de los ensueños, de las nostalgias celestiales; pero también la vida se hacía más seria; seria de una manera nueva.

El niño seguía llorando, á pesar de que ya tenía un abrigo, unas mantillas bordadas y muy limpias, que á Bonis le parecían impropias de la solemnidad del momento y muy incómodas. «¡Oh, sí; se parecía á él en... el gesto, en el modo de quejarse de la vida! Podrían no ver los demás aquella semejanza; pero él estaba seguro de ella, como de una contraseña. Era el hijo de sus entrañas, tal vez también de sus cavilaciones y de sus *sensiblerías*, no sospechadas por el mundo, ni aun, en rigor, por Serafina.

Algunas horas después, cuando había desaparecido de allí D. Venancio y todo el aspecto de matanza, ó por lo menos de cosa sucia que tenían aquellos grandes lances vistos de cerca, Bonis consintió que Emma volviera á hablar largo y tendido, y hasta intervinieron en la conversación los parientes y amigos.

¡Qué de recuerdos evocaba la de Valcárcel! Pero todos eran de la línea materna. Resucitaba en ella la antigua manía patronímica y gentilicia.

—¡Tío, tío! ¡Sebastián, Sebastián! A ver: ¿á quién se parece Antonio?

—¿Quién es Antonio? preguntó Marta.

—Pues, hija, el amo de la casa: mi hijo. Se llama Antonio, para mis adentros, desde el momento en que yo tuve cabeza para pensar en algo que no fuese el peligro y el dolor.

—Pues se parece, dijo Sebastián, al héroe de las Alpujarras... á su tocayo don Antonio Diego Valcárcel y Merás, fundador de la noble casa de los Valcárcel.

—Y que no lo digas en broma. Que traigan el retrato y se verá. Y no hubo más remedio. Entre dos criados y Sebastián descolgaron al ilustre abuelo restaurado, y se le cotejó con el hijo de Bonis, que la madre sacó del calor de su lecho. Unos encontraron el parecido, aunque remoto; otros lo negaron entre carcajadas. Antonio lloraba, y Bonis le seguía viendo la semejanza consigo mismo, según se había visto al espejo la noche en que murió su madre; pero lo que á su juicio se acentuaba por horas era el parecido con Reyes abuelo, con don Pedro Reyes, sobre todo en una arruga de la frente, en las líneas de la nariz y en la mueca característica de los labios.

Marta, sin motivo legítimo, estaba contrariada, y había puesto el *gesto de vinagre* que á veces se le asomaba al rostro sin

saberlo ella, y la hacía más vieja y más fea; gesto que particularmente se le descubría cuando envidiaba algo, cuando se sentía deslumbrada. Veía en el bautizo el eclipse de su boda.

—A mí, dijo, Antoñito no me recuerda ni el tipo Valcárcel, ni el tipo Reyes. Parece extranjero. Chica, tú has soñado con algún príncipe ruso.

Las de Ferraz, que ya estaban allí, rieron la gracia, fingiendo no encontrarle malicia.

Los demás callaron, sorprendidos ante la audacia.

Emma no vió el epigrama; Bonis tampoco.

Bonis vió que se seguía hablando de los Valcárcel, de si el niño se parecería á su abuelo, si sería abogado, si sería jugador, como tantos otros de su familia; se amontonaban los recuerdos del linaje, buenos y malos. Nadie se acordaba de los Reyes pretéritos para nada.

Antonio seguía llorando, y á Bonifacio le faltaba poco.

«¡Su padre! ¡Su madre! ¡Si vivieran! ¡Si estuvieran allí!»

Bonis, en cuanto pudo, huyó del ruido. Dejó á los demás, ya que les divertían, todas las solemnidades y quehaceres propios del caso. Mientras el niño dormía y no se le permitía

verle, y Emma, ya menos nerviosa, pero más fatigada, con un poco de calentura, volvía á su antiguo despego y lo echaba de su presencia en no necesitándole, Bonifacio se recogía á la soledad de su alcoba, y en idea contemplaba al hijo.

—¡Sí, hijo, sí! se decía con el rostro hundido en la almohada. Hijo tenía que ser. Me lo decía la voz de Dios. Hijo. Mi único hijo...

Emma, durante todo el primer día, estuvo sentimental, excitada; su marido creyó que la maternidad iba á transformarla, pero á la mañana siguiente despertó con bastante calentura y nada tierna; cuando la postración se lo consentía, rabiaba en la medida de sus fuerzas. Le hablaron del puerperio, de sus peligros, y sintió nuevo terror. Se llegaba á olvidar del chiquillo que tenía entre las sábanas, y no quería enseñarlo á nadie, ni á su padre, por no revolverse ella y coger frío. Bonis no podía ver á su hijo sino en las ocasiones solemnes de mudarlo doña Celestina. De hora en hora cambiaba. Según se iba pareciendo más á cualquier recién nacido, perdía aquella semejanza que consigo mismo le había encontrado Bonis en el primer momento. Empezaba Reyes á desorientarse. Además, tuvo que renunciar á llamarle Bonifacio ó Pedro, porque Emma desde luego empezó á ex gir que se le

llamara Antonio, aun antes de bautizarle. Se le llamaría Antonio Diego Sebastián, porque Sebastián iba á ser el padrino. Por todo pasó Bonifacio. No quería disturbios todavía; podía hacerle daño á Emma cualquier disgusto. No, ahora no. Todo lo aplazaba. ¿No estaba él decidido á ser muy enérgico? ¿No estaba decidido á salvar, si era tiempo, los intereses de su hijo, y á darle el ejemplo de la propia dignidad? Pues no había para qué precipitar las cosas. Tampoco quiso, por lo pronto, tener explicaciones con Nepomuceno. Tiempo había. Sin embargo, las circunstancias le obligaron á anticipar en este respecto su actitud enérgica. Ello fué que de Cabruñana, concejo de la marina donde los Valcárcel tenían algunas *caserías*, procedentes de bienes nacionales, llegaron malas noticias respecto de cierto mayordomo de segundo orden, que allí hacía mangas y capirotes de las rentas de Emma, perdonando anualidades atrasadas, ó por lo menos aplazando el cobro indefinidamente, colocando por su cuenta á réditos el dinero cobrado; en suma, explotando en provecho propio los bienes de sus amos. Nepomuceno no quería dar importancia á la denuncia. Se trató el asunto á la hora de cenar, y cuando don Juan y el primo convinieron en que se hiciera la vista gorda, con gran sorpresa de

todos los presentes, que eran aquellos Valcárcel y los Körner, Bonifacio, con voz temblorosa, pero firme, aguda, chillona, pálido, y dando golpecitos enérgicos, aunque contenidos, con el mango de un cuchillo sobre la mesa, dijo:

—Pues yo veo la cosa de otra manera, y mañana mismo, ya que el bautizo se retarda, porque no quiere Emma que el niño se constipe con este mal tiempo, mañana mismo, aunque lo siento, tomo yo el coche de Cabruñana y me voy á Pozas y á Sariego, y le ajusto las cuentas al señor de Lobato. No quiero que se nos robe más tiempo.

Hubo un silencio solemne. Bonis no vaciló en compararlo al que precede á la tempestad. Por de pronto, era el que trae consigo lo sorprendente, lo inaudito. Comprendía Reyes que estaba allí solo, que los Valcárcel y sus futuros afines los Körner se lo comerían de buen grado. No era que él no estuviera azorado, casi espantado de su audacia; lo estaba. Pero ya se sabía que un diligente padre de familia tiene que ser un héroe. Empezaban los sacrificios, y bien que dolían; pero adelante. La seriedad de la nueva lucha se conocía en eso, en el dolor.

Todos miraron á Bonis, y después á don Nepo, que era el llamado á contestar.

Don Juan, que era sumamente moroso y tranquilo, había cambiado mucho con las enseñanzas y excitaciones de Marta. Además, fiaba mucho de la debilidad y de la ignorancia del enemigo. No se anduvo por las ramas. Se fué derecho al bulto. Nada de eufemismos. Sólo en el tono de la voz, sereno, reposado, había cierta lenidad.

—¿Eso de robaros, supongo que no lo dirás por mí?

Si las palabras de Bonis eran un guante, quedaba recogido con toda arrogancia. Antes que contestara Reyes, don Nepo miró satisfecho á su novia, que aprobó su valentía con la mirada.

En aquel momento Bonis, que no esperaba una batalla tan decisiva, un duelo á muerte como aquél, se acordó con terror del anónimo de dos días antes, que había olvidado en absoluto, por la gravedad de los acontecimientos.

—El purgatorio es esto, pensó. Yo he pecado. Yo he dilapidado, yo he *robado* el caudal de mi hijo, y ahora estoy en el purgatorio, que es así, hecho de lógica y ética, nada más que de lógica y ética.

—¡Por Dios, tío! dijo pausadamente y procurando que en su voz hubiese mesura y entereza. ¡Por Dios, tío, cómo lo he de decir por usted! Lo digo por Lobato, que es un gran ladrón.

—Un ladrón consentido por mi años y años, si hemos de creer lo que dice Pepe de Pepa José, el denunciante quejoso... Por lo visto, Lobato y yo estamos de acuerdo para arruinaros á vosotros, para acabar con los bienes de Cabruñana.

—Nadie dice eso, tío; nadie dice...

—Lo que yo digo, señor Reyes—y el señor don Juan Nepomuceno dió un puñetazo, no muy fuerte, sobre la mesa—que tú no eres un hombre práctico, y que te sienta mal el papel que quieres inaugurar al estrenarte de padre de familia.

Una carcajada de Marta, seca, estridente, que quería ser una serie de bofetadas, resonó en el comedor, con pasmo de sus mismos aliados. Todos se miraron sorprendidos. Marta, con el rostro de culebra que se infla, repitió la carcajada, mirando con cinismo á Bonis.

El cual miró también á su buena amiga sin comprender palabra de aquella risa inoportuna.

Y prosiguió don Nepo:

—Un hombre práctico, de experiencia en los negocios, no exagera el celo ni el recelo, ni cree en habladurías. Bueno sería que yo, v. gr., fuera á creer lo que me decía un anónimo que recibí hace días, asegurándome que tú habías cobrado dos mil duros de una resti-

tución hecha bajo secreto de confesión á la herencia de tu suegro.

—¡Todo lo que yo cobrase sería mio! exclamó con voz clara, alta, positivamente enérgica, el amo de la casa, poniéndose en pie, pero sin dar puñadas sobre la mesa.

En pie se pusieron todos.

—¡Tuyo no es nada! contestó el primo Sebastián, que adelantó un paso hacia Bonis, ofreciendo á la consideración de los presentes su fornida musculatura, su corpanchón que parecía una fortaleza. Marta, sin pensar en lo que hacía, le apoyó una mano sobre el hombro, como animándole al combate. Se conoce que confiaba más en la pujanza del primo que en la del tío, su futuro.

Bonis se veía metido en la *escena* que había querido aplazar, antes de tiempo, fuera de razón, torpemente.

—Señores, no hagamos ruido, que no hay para qué. Lo que yo no consiento á nadie, y juro á Dios que no lo consentiré, es que se alborote ahora. Lo primero es mi mujer, y si ella se entera de esto... puede haber una desgracia... ¡y pobre del que la provocara!

Todos se sintieron sobrecogidos. Bonis parecía otro.

El mismo Sebastián, que era positivamente bravo y fuerte, y muy capaz de arrojar por el

balcón al *escribiente de su tío*, se achicó un tanto por lo que él calificó de fuerza *moral* de aquellas palabras, y de aquel gesto y de aquel tono.

Todos comprendieron que el pobre Bonis estaba dispuesto á morder y arañar para impedir que la salud de Emma peligrase.

—Sin ruido, sin ruido se puede discutir todo, dijo don Nepo, que quería hacer hablar al *imbécil* para ver por dónde desembuchaba y qué leyes le había metido en la cabeza el abogado flamante.

—Sin ruido y sin apasionamiento, se atrevió á apuntar el respetable y mofetudo Körner, que se creía en el caso de intervenir en sentido conciliador.

—Es verdad, dijo Bonis. La pasión no conduce á nada nunca, nunca...

—Justamente, prosiguió el alemán. Y fácil les será á ustedes ver que aquí, en rigor, no hay nada... Ni Bonifacio desconfía del tío, ni el tío de Bonifacio, ni nadie pone en tela de juicio su legítimo derecho.

—Cada cual tiene los suyos, objetó Nepo.

—Ciertamente; y no hay para qué hablar de eso ahora, cuando en último caso no había de faltar quien nos dijera á cada cual el papel que le tocaba representar.

Bonis volvió á crecerse.

La alusión á la justicia era clara. Don Nepo sintió una ola de cólera subirle al rostro. Y recurrió á su venganza suprema. A contenerse y jurarse que se la pagaría el miserable. Le azotó el rostro con la intención, y ya desahogada la ira, que se gozaba con las futuras crueldades de la venganza, pudo decir sereno y sonriente:

—En fin, Bonis, tienes razón; ya se ajustarán cuentas cuando Emma sane, y se pueda ver con números, que tú has de procurar entender, ¿estamos?, lo que habéis gastado vosotros, lo que he ahorrado yo..., y quién debe á quién. Lo que te anuncio es que si seguís gastando como hasta aquí, la quiebra es segura... Estáis puede decirse que arruinados. Emma ha gastado como una loca, y tú, tú no me lo negarás..., le diste el ejemplo...; tú la arrastraste á esa vida imposible. Y todos sabemos por qué.

—Todos, exclamó con solemnidad Sebastián, que había perseguido en vano á la Gorgheggi, y todavía la solicitaba.

Bonis, que tenía aquella noche energía para luchar con los hombres, no la tuvo para resistir á los hechos; los hechos eran terribles: ¡arruinados!, y ¡había empezado él!, y ¡hasta de lo que hubiera robado el tío tenía él la culpa por haberle dejado! ¡Y su robo, sus

robos, para pagar trampas de una querida!

Tuvo que sentarse, pálido, sin contar con las piernas. El tío vió allí de repente al Bonis de siempre, y se creció, pero sin arrogancia, falsamente conciliador.

—¿Quieres ir á ver lo que hay en Cabruñana? Corriente; marcha mañana á las ocho, que es la hora del coche. Ven á mi cuarto, y verás los libros y las escrituras de allá... Todo, todo lo verás. Llevarás lo que necesites, y procurarás enterarte, ¿estamos? porque no has de presentarte á Lobato llamándole ladrón y sin saber por qué se lo llamas.

Bonis, sin fuerzas ya para nada, siguió al tío maquinalmente, y detrás de ellos se fué Körner. Marta y Sebastián quedaron solos en el comedor.

Körner, siempre fiel á su papel de rey Sobrino, iba como de asesor. ¡Buena falta le hacía á Bonis! Pasó en el cuarto del tío la vergüenza que ya esperaba. Nepo, con redomada astucia, con intención felina, le iba explicando todos los asuntos correspondientes á los bienes de Cabruñana, con los términos del más riguroso tecnicismo del derecho consuetudinario.

Bonis no tenía noción clara del contrato de arrendamiento. La palabra foro le sonaba á griego; aparcería..., laudemio..., retracto..., y

después otra cien palabras del Derecho civil, más las propias del *dialecto* jurídico de aquella tierra, pasaron por sus oídos como sonidos vanos. No se enteraba de nada. Comprendía vagamente que se le engañaba y se le quería aturdir y humillar. Caía en mil contradicciones, en errores sin cuento, al querer explicarse lo que le explicaban y al pretender opinar algo por cuenta propia; Körner le ayudaba para poner más de relieve su torpeza y su ignorancia.

—Pero, hombre, ¡yo que soy un extranjero..., y ya sé mejor que usted todas estas costumbres del país... y las leyes de España!...

Al llegar á los números, Körner se escandalizó sinceramente. Bonis no sabía dividir, y apenas multiplicar.

Para huir de aquel atolladero, humillado, corrido, lleno de vergüenza y de remordimiento, Bonis quiso tratar cuestiones más importantes que no fueran de aquel horrible pormenor oscuro, inextricable para él, pobre flautista..., y llevó, por los cabellos, la discusión al asunto de las fábricas.

Estaba excitado, su amor propio ofendido, y olvidando la prudencia, abordó la delicada cuestión de las dos industrias, sin estar preparado, á deshora. Eran las tres de la madrugada cuando Körner y Nepo, *heridos en lo más*

*hondo*, le exigieron que oyera la *historia completa* de aquella desastrosa especulación; necesitaban sincerarse, y pues él provocaba la cuestión, allí estaban ellos para responder...

Y quieras que no quieras, Bonis tuvo que oír, y ver y palpar. Se le pusieron delante libros de actas, presupuestos, pólizas, planos, expedientes, una *selva oscura* que le hizo perder la noción del tiempo y la del espacio... Se creía en el aire, en un aquelarre. Le zumbaban los oídos. Mientras los otros le explicaban, gesticulando, lo que á él le sonaba á griego, el sueño, la ira, el remordimiento le llenaban de avisperos el cerebro... Hubiera mordido, pateado y llorado de buena gana. Se le cerraban los ojos, le ardían las orejas, se le doblaban las piernas... «Había caído en un lazo por débil, por imbécil. Había entrado allí solo, debiendo entrar con juez, escribano, abogado, peritos y una pareja de la Guardia civil.»

Después de dos horas de aturdimiento, de verdadera agonía, sólo tuvo valor para tomar la puerta, seguido de los dos monstruos, que continuaban explicándole por *a* mas *b* la ruina de los Valcárcel en la fábrica, la ruina de Antonio Reyes, de su único hijo. En el comedor, y ya iban á dar las cinco, estaban todavía *esperándolos* Marta y Sebastián, medio dormidos, bostezando. Unieron sus argumen-

tos uno y otro, como queriendo ocupar la atención de Nepo y Körner, á los argumentos de Körner y Nepo; y perseguido por aquella tremenda pesadilla, Bonifacio, muerto de sueño, ebrio de cólera de fiebre y cansancio, se declaró en franca y acelerada fuga y se encerró en su cuarto, bien decidido, eso sí, á salir para Cabruñana al ser de día, acompañado de los papeles que el tío le había metido por los ojos. Marcharía sin despedirse de Emma, sin ver á su hijo, para que no le faltase valor ni su mujer tuviera tiempo de torcer aquella resolución irrevocable. «Yo no sé una palabra de foros, ni de caserías á medias, ni de aparcerías, ni de números, ni de fábricas; pero he de tener voluntad en adelante; y he dicho que iría mañana, y primero falta el sol. Iré. La calentura de Emma no es extraordinaria; ya cede; Antonio queda sin novedad; voy á Cabruñana, le pongo las peras á cuarto á Lobato..., y me vuelvo pasado mañana con dos ó tres nodrizas, á escoger, que por ahí las hay buenas. Emma no querrá, y en rigor no puede criar. Le criaremos nosotros, el ama y yo. Así como así, cuanto menos sangre de Valcárcel, mejor.»

Bonis no pudo dormir; estuvo mezclando, con mil visiones de pesadilla, despierto y todo, sus remordimientos de antaño, sus iras y vergüenzas de ahora, sus propósitos de energía

futura y sus esperanzas de padre. «La actividad era cosa terrible; era mucho más agradable pensar, imaginar... Pero un padre tenía que ser diligente, práctico, positivo..., y él lo sería; por Antonio, por su Antonio... Pero por lo pronto, la bilis, la vergüenza de su ignorancia de las cosas que sabían todos en casa, menos él, todo aquel barullo de pasiones bajas, vulgares, pedestres, le quitaban el gusto á su dicha presente, á la felicidad de ser padre.

Cuando todos dormían y el sol llevaba andada alguna parte de su carrera, Reyes salió de casa, con sus papeles en un saco de noche; tomó la diligencia de Cabruñana, y antes del medio día ya estaba disputando con Lobato en medio de un prado, frente á unos robles que el mayordomo había consentido derribar á un casero, porque, según malas lenguas, los dos iban ganando. Lobato, un ex cabecilla carlista, era un lobo mestizo de zorro; hablaba con dificultad, leía delectando y escribía de modo que, en caso de convenirle, podía negar que aquello fueran letras...; y él era dueño de la comarca por la política, por la usura y por las trampas á que obligaba á los jueces de paz y á los pedáneos su influencia personal. Nepomuceno le había escogido porque con media palabra se habían entendido, y también

porque sólo un hombre como Lobato, que era el terror del concejo, podía cobrar las rentas de aquellos *caseros*, que solían recibir á pedradas y á tiros á los comisionados de apremios, á los alguaciles y á los mayordomos. Lobato, si viajaba de noche, cruzaba á escape ciertos parajes frondosos y oscuros, en que estaba seguro de encontrar asechanzas de aquellos aldeanos, que á la luz del sol temblaban en su presencia. En una ocasión, después de cobrar en juicio á un casero que debía tres años, recibió, al atravesar un bosque, tal pedrada, que llegó á su casa sin sentido, agarrado á la crin de su caballo. ¡Y á un hombre así venía á pedirle cuartos un mequetrefe, aquel señorito bobo, de que nunca le había hablado más que con desprecio el Sr. D. Juan Nepomuceno! Con fingida humildad, Lobato se burló de su amo; haciéndose el tonto, el ignorante, le hizo ver que él, Bonis, era el que no sabía lo que traía entre manos. Los caseros se reían también del amo, con sorna que no podía tachar de irrespetuosa. Se rascaban la cabeza, sonreían y se aferraban á la idea de no pagar mejor que hasta la fecha.

Bonis, desesperado, abandonó aquellos hermosos valles de eterna verdura, de frescas sombras y matices infinitos en la variedad de los accidentes de colinas y vegas, en que ser-

penteban claros ríos. . «¡Divino! ¡Divino!... ¡Pero qué pillo es Lobato, y qué ladrones son todos estos pastores!... En otra situación, sin estos cuidados y preocupaciones, ¡qué buenos días hubiera pasado yo en esta espesura, en que se mezcla el rumor de las copas de los pinos con el del mar, del que parece un eco.»— Cabruñana era región ribereña, y parecían sus valles estrechos y de mil figuras, de verde jugoso y oscuro en las laderas y en las planicies pantanosas, cauces de antiguos ríos, abandonados por las aguas. Todos aquellos cuetos y vericuetos, lomas y llanuras, por sus formas violentas, por ejemplo, por los cortes de las laderas aterciopeladas, semejantes en su caída á los acantilados de la costa, hacían pensar en el fondo misterioso de los mares.

Terminada su inútil faena, sin más provecho que dejar sembradas amenazas, de que nadie hizo caso, Reyes decidió á media tarde montar á caballo para ir á pernoctar en la capital del concejo y del partido, á dos leguas, por la carretera. Antes del anochecer, se proponía llegar á Raíces, que estaba al paso, y detenerse media hora; ¿para qué? No sabía. Para soñar, para sentir, para imaginarse tiempos remotos, á su manera; para pensar á sus anchas, en la soledad, libre de Lobato, y Nepo y Sebastián, en los Reyes que habían sido,

y en los que eran, y en los que habían de ser.

Raíces consistía en un lugar de veinte á treinta casas, diseminadas en las frondosidades de una península abandonada por el agua, en las marismas; cerca estaban las dunas, cuyos amarillos lomos de arena tenían figura semejante á los vericuetos que rodeaban á Raíces; pero éstos, desde siglos y siglos, ostentaban el terciopelo de verde oscuro de sus musgos y su césped, y las flores de los prados, iguales á las que se encontraban tierra adentro, lejos de las brisas del mar. Era Raíces un misterioso escondite verde, que inspiraba melancolía, austeridad, un olvido del mundo, poético, resignado. Una colina cortada á pico, muy alta, cuya ladera, casi vertical, mostraba, como si fuera la yedra de una muralla ciclópea, pinos, castaños y robles, que trepaban cuesta arriba cual si escalaran una fortaleza, escondía y humillaba á Raíces por el Sur; el mar y las dunas le dejaban abierto á los vientos del Norte y del Noroeste, y restos de un bosque le rodeaban por Oriente y Occidente. Las viviendas, escasas y esparcidas por la espesura, eran, las más, cabañas humildes, otras vetustos caserones de piedra oscura, con armas sobre la puerta algunos.

Bonis llegó una hora antes del ocaso á una plazoleta que servía de *quintana* á varias ca-

sas de las más viejas, pero también de las de aspecto más noble; carretas apoyadas sobre el pértigo, como dormidas, entorpecían el paso; niños medio desnudos, sucios y andrajosos, sin nada en su cuerpo donde pudiera ponerse un beso, más que los ojos de algunos y las rubias guedejas de muy pocos, saltaban y corrían por aquella corralada común, que era sin duda para ellos el universo mundo. Más serios y á su negocio, hozaban algunos cerdos en el estiércol, que escarbaban y picoteaban gallos y gallinas, mientras dos perros dormitaban, acosados por miles de mosquitos.

—De aquí salieron los Reyes, pensó Bonifacio, que desde una calleja vecina contemplaba el cuadro de paz suave y melancólica de aquella miseria, aislada de las vanas grandezas del mundo. Un grupo de castaños y una pared de una huerta, le ocultaban á la vista de los chiquillos y los perros, que, de notar su presencia, se hubieran alarmado. Echó pie á tierra, ató el caballo al tronco de un castaño, y se sentó sobre el césped para meditar á sus anchas.

Se acordó de Ulises volviendo á Itaca...; pero él no era Ulises, sino un pobre retoño de remota generación... El Ulises de Raíces, el Reyes que había emigrado, no había vuelto...; á él no podían reconocerle en el lugar de que era oriundo. Y como había leído muchas ve-

ces la *Odisea*, y recordaba sus episodios y los nombres de sus personajes, pensó Bonis: «Los cerdos y los perros que encontró Ulises al volver á Itaca, en la mansión de Eumaios, allí estaban; pero Eumaios, el que guardaba los cerdos de Ulises, no estaba; no le había. Como á Ulises, aquellos perros le atacarían si le vieran; pero Eumaios, el fiel servidor, no acudiría en su auxilio... ¡Qué habría sido de Ulises-Reyes! ¿Por qué habría salido de allí? ¡Quién sabe! Tal vez esos chiquillos, que parecen hijos del estiércol, como lombrices de tierra, son *parientes* míos... Son de mi tribu acaso.

De pronto se dió una palmada en la frente. Los recuerdos clásicos le habían hecho pensar en el pasaje en que Ulises es reconocido por Eurycleia, su nodriza. Él no había tenido más Eurycleia que su madre, que había muerto; pero Antonio, su hijo, necesitaba nodriza, y él había olvidado que había venido á Cabruñana á buscarla. «¡Mejor aquí! Sí; no me iré de Raíces sin buscar ama de cría para mi hijo. ¡Es una inspiración! ¡Quién sabe! Tal vez se nutra con leche de su propia raza, con sangre de su sangre...»

Y como había resuelto ser cada día más activo y menos soñador, hombre práctico como los demás, como los que ganan dinero, para ganarlo también por amor de su Antonio, dejó

sus cavilaciones, se levantó, montó á caballo, y por aquellas quintanas y callejas adelante, de puerta en puerta, fué buscando lo que necesitaba, nodriza para casa de los padres, y natural de Raíces, de donde eran oriundos los Reyes. Era aquella, por fortuna, tierra clásica de amas de cría, de las más afamadas de la provincia; y en tan pequeño vecindario, sin más que extender un poco sus pesquisas por aquellos contornos, encontró Bonis dos buenas vacas de leche de aspecto humano, porque en aquella región venía á ser una especie de industria inmoral y de exportación el servicio que él solicitaba. Quedó convenido que á la mañana siguiente, muy temprano, Rosa y Pepa, que así se llamaban las que presentaban su candidatura al honor de criar á Antonio Reyes, estarían en la capital del concejo, dispuestas á montar en el coche en que las llevaría Bonifacio á la ciudad, para que fueran registradas por el médico, y la de mejores condiciones recibiera el *exequátur* facultativo y el nombramiento oficial de Emma.

Satisfecho de la diligencia y fortuna con que dejaba orillado este negocio, Bonis se detuvo, al salir del lugar, en un recodo del camino solitario, junto á un puente de madera que atravesaba el Raíces, riachuelo poético, sinuoso, que á la sombra de árboles infinitos corría al

próximo Océano, sin gran prisa, seguro de llegar antes de la noche; y eso que el sol ya se había escondido tras de las olas que bramaban á lo lejos. Reyes, volviendo grupas, seguro de su soledad, inmóvil en medio del camino, permaneció contemplando el rincón melancólico de que se alejaba, como si allí dejara algo.

Nada concreto, nada plástico le hablaba ni podía hablarle de la relación de su raza con aquel pacífico, humilde y poético lugar; y, sin embargo, se veía atado á él por sutiles cadenas espirituales, de esas que se hacen invisibles para el alma misma, desde el momento en que se quiere probar su firmeza.

«Ni yo sé en qué siglo salieron los Reyes de aquí, ni lo que eran aquí, ni cómo ni dónde vivían; ni siquiera de mi tatarabuelo, sin ir más lejos, tengo noticias, á no ser muy vagas. Sólo sé que éramos nobles, hace mucho, y que salimos de Raíces. ¡Oh! ¡Si yo conservase el libro aquel de blasones de que tanto me hablaba mi madre, y que mi padre, al parecer, despreciaba!... Como soy tan aprensivo... se me figura sentir cierta simpatía por estos parajes... Esta calma, este silencio, esta verdura, esta pobreza resignada y tolerable... hasta la música del mar, que ruge detrás de esos montes de arena... todo esto me parece algo mío, semejante

á mi corazón, á mi pensamiento, y semejante al carácter de mi padre. Los Reyes... no debieron salir de aquí...; no servían para el mundo; bien se vió... Yo, el último, ¿qué soy? Un miserable, un ignorante, que no ha ganado en su vida una peseta, que sólo sabe gastar las ajenas. Un soñador... que creyó algún día llegar á ser algo de provecho á fuerza de sentir con fuerza cosas raras y de las que ni siquiera se pueden explicar. ¡A esto vino á parar la raza!»

Cesó en su soliloquio, como para oír lo que el silencio de Raíces, á la luz del crepúsculo, le decía.

Una campana, muy lejos, comenzó á tocar la oración de la tarde.

Bonís, á pesar de su dudosa ortodoxia, se quitó el sombrero. Y recordó las palabras con que su madre empezaba el rezo vespertino: «El ángel del Señor anunció á María...»

¡Oh! ¡También á él, el ángel del Señor sin duda, le había anunciado que sería padre; también sus entrañas estaban llenas del amor de aquel hijo, de aquel Antonio, en que él estaba ya pensando como se piensa en el amor ausente, mandando miradas y deseos de volar del lado del horizonte tras que se esconde lo que amamos! Una ternura infinita le invadió el alma. Hasta el caballo, meditabundo, in-

móvil, le pareció que comprendía y respetaba su emoción. ¡Raíces! ¡Su hijo! ¡La fe!—Su fe de ahora era su hijo.

Lo pasado, muerte, corrupción, abdicación, errores... olvido. ¿Qué había sido su propia existencia? Un fiasco, una bancarrota, cosa inútil; pero todo lo que él no había sido podía serlo el hijo...; lo que en él había sido aspiración, virtualidad puramente sentimental, sería en el hijo facultad efectiva, energía, hechos consumados.

¡Oh! se lo decía el corazón... Antonio sería algo bueno, la gloria de los Reyes... Y acaso, acaso, cuando se hiciera rico, ya conquistando una gran posición política ó escribiendo dramas, lo cual le halagaba más, ó, lo que sería el colmo de la dicha, como gran compositor de sinfonías y de óperas, como un Mozart, como un Meyerbeer, él, su padre, ya viejo, chocho, chocho por su hijo..., le metería en la cabeza que *restaurase* en Raíces la casa de los Reyes...; y él, Bonis, vendría á morir allí..., en aquella paz, en aquella dulzura de aquel crepúsculo, entre ramas rumorosas de árboles seculares, mecidas por una brisa musical y olorosa, que se destacaban sobre el fondo violeta del cielo del horizonte, donde el último aliento del día perezoso se disolvía en la noche.

«¡Oh! ¡En definitiva, en el mundo, no había nada serio más que la poesía! pensó Bonis... Pero eso para mi Antonio. Él será el poeta, el músico, el gran hombre, el genio... Yo, su padre. Yo á lo práctico, á lo positivo, á ganar dinero, á evitar la ruina de los Varcárcel y á restaurar la de los Reyes. Y ¡adiós, Raíces, hasta la vuelta! Me voy con mi hijo; tal vez volvamos juntos.»

Bonifacio, sacudiendo la cabeza, recobrando las riendas para sacar al rocinante soñador de su letargo, siguió á trote su camino, sin volver los ojos atrás, temeroso de sus ensueños, de sus locuras...; dispuesto cada vez con más ahinco á sacrificar al porvenir de su hijo su temperamento de bobalicón caviloso y sentimental.

Durmió en la villa cabeza del partido, y al ser de dia montó en el coche diario que iba á la capital de la provincia, en compañía de las dos Eurycleias que había buscado en Raíces.

Al llegar á sus lares, se encontró la casa llena de gente, criados y amigos en movimiento.

Doña Celestina, con vestido de raso negro y mantilla de casco fina, estaba en medio de la sala con un bulto en los brazos, un montón de tela blanca, bordada, de encajes y de cintas azules.

—¿Qué es esto? dijo Bonis, que entraba con las nodrizas electas á derecha é izquierda.

—Esto es, respondió la partera, que vamos á hacer cristiano á este judiazó de su hijo de usted.

En efecto; Emma lo había decretado así. Cierto era que ella misma el día anterior había dicho que no se le hablase de bautizo hasta que al chiquillo le pasara la fluxión de los ojos; pero al despertar aquella mañana y saber que Bonis, sin su permiso, dejándola con la calentura, se había marchado á la aldea á enderezar entuertos, que nunca se le había ocurrido enderezar, se había irritado, y por venganza y considerando que el tiempo estaba templado, había dispuesto, en un decir Jesús, desde la cama, dando órdenes como ella sabía, que el niño se bautizara aquella misma tarde, para que el padre se lo encontrara todo hecho y rabiara un poco.

Bonis no rabió. La solemnidad del momento no consentía malas pasiones. Lo que hizo fué abrazar á su esposa, consiguiéndolo á duras penas.

Emma tenía poca calentura: estaba muy depejada; y ya sin miedo al peligro del puerperio, aunque no había pasado, había decidido engalanarse y engalanar su lecho.

Sacó el fondo de su armario de ropa blan-

ca, que era un tesoro, y sus amigas pudieron contemplar un mar de espuma, de nieve y crema, de hilo fino espiritualizado en encajes de los más delicados. En medio de aquella espuma aparecía, como un náufrago, el rostro demacrado, amarillento, de Emma, que definitivamente había vuelto á desmoronarse en ruina que no admitía ya restauraciones.

«Es una vieja,» pensó Bonis resignado, sin amargura; pero triste por amor de su hijo.

La Valcárcel aprobó el concurso de nodrizas ideado por su marido; el cual no comprendió por qué Nepo, los Körner, Sebastián, las de Ferraz, las de Silva, y otras amigas y amigos reían, á carcajadas unos, con menos violencia otros, la ocurrencia de haber traído él consigo á Pepa y Rosa, las robustas aldeanas de Raíces.

Sebastián y Marta, cada vez que recordaban la entrada triunfal de Bonis en medio de las dos aldeanas de ubres ostentosas, se desternillaban de risa.

Según Marta, aquello era demasiado, y ya no cabía disimulo. Había que reir á mandíbula batiente.

Y se reían.

Bonifacio no comprendía; ni lo intentó apenas. ¿Qué le importaban á él las risas necias de aquella gentuza, que le habían comido el pan

de su hijo, y que estaba dispuesto á arrojar de su casa?

La comitiva se puso en movimiento. Emma había decretado, y no había más remedio que callar, que Sebastián fuese padrino y Marta madrina.

Se habían dado órdenes para que la ceremonia fuese de primera clase. El baptisterio de la iglesia parroquial estaba cubierto de colgaduras de raso carmesí con flecos dorados; la pila brillaba como un ascua de oro, iluminada por grandes cirios.

Bonis, que había caminado solo, detrás de doña Celestina, cuidando de que el pañuelo que cubría el rostro de Antonio, dormido, no se deslizara al suelo, no había tenido tiempo, mientras iba por las calles, para sentir la ternura grave y poética propia del caso; más bien recordaba después haber experimentado así como un poco de sonrojo ante las miradas curiosas y frías, casi insolentes y como algo burlonas, del público indiferente y distraído. Pero al atravesar el umbral de la casa de Dios, y detenerse entre la puerta y el cancel, y ver allá dentro, enfrente, las luces del baptisterio, una emoción religiosa, dulcísima, empapada de un misterio no exento de cierto terror vago, esfumada, ante la incertidumbre del porvenir, le había dominado hasta hacerle ol-

vidarse de todos aquellos miserables que le rodeaban. Sólo veía á Dios y á su hijo. Otras veces, viendo bautizar hijos ajenos, había pensado que era ridículo aquello de echar los demonios del cuerpo, ó cosa por el estilo, á los inocentes angelillos que iban á recibir las aguas del bautismo. Ahora no veía en nada de aquello lado alguno ridículo. ¡Oh, la Iglesia era sabia! ¡Conocía el corazón humano y cuáles eran los momentos grandes de la vida! ¡Era tan solemne el nacer, el tomar un nombre en la comedia azarosa de la vida! ¡El bautizo hacía pensar en el porvenir, en una síntesis misteriosa, de punzante curiosidad, de anhelante y temerosa comezón de penetrar el porvenir! Aunque él, Bonis, no creía en varios dogmas, ni menos en los prodigios de la Biblia, reconocía que la Iglesia en aquellos trances parecía efectivamente una madre...

Sin repugnancia, y sin perjuicio de las reservas mentales necesarias, él colocaba sobre el regazo de la Iglesia al hijo de sus entrañas. ¡Su hijo, su Antonio; allí le tenía, carne de su carne, dormido, perdido entre encajes; una mancha colorada destacándose en la blancura...!

A él ya no se parecería; pero á su padre, al procurador Reyes, sí; el gesto de pena, la mueca de los labios, el entrecejo... todo aque-

llo era de su padre. ¡Ay! ¡Cómo se le metía por el alma, á borbotones, como lágrimas de ternura que en vez de salir entrasen, el amor de aquel hijo, de aquel ser débil, abandonado por los ángeles entre los hombres; pero ya no amor abstracto, metafísico; amor sin frases, amor nada retórico .. amor inefable, pero que satisfacía la conciencia y daba sanción absoluta al juramento de constante y callado sacrificio. Vivir por él, para él. Yo nací para esto; para padre. Bonis sentía á la puerta de la iglesia, esperando al capellán que iba á hacerle cristiano á Antonio, sentía la gracia que Dios le enviaba en forma de vocación, clara, distinta, de vocación de padre. «Sí, pensaba; ya soy algo.»

Después vió llegar á un cura rollizo, sonriente, cubierto de oro, como el altar del baptisterio, con todo el aparato sagrado de acólitos, cirios y cruces que reconoció que eran del caso. No se oponía él á nada, todo estaba bien. Por más que estaba seguro de que su Antonio, aquel inocente niño con cara triste, no tenía en el cuerpo diablo de ninguna especie ni resentimiento personal alguno con la Iglesia, Bonis reconocía el derecho de ésta á tomar precauciones antes de admitir en su seno al recién nacido. Hasta lo de no poder entrar en el templo su hijo antes de cumplir

los requisitos sacramentales, le parecía racional, si bien pensó que el clero debía tener más cuidado con los *catecúmenos*, ó lo que fueran, de cierta edad, porque un aire colado, entre puertas, podía ser fatal y matar un cristiano en flor.

—Doña Celestina, dijo Reyes con voz melosa, humilde, apenas perceptible, con ánimo de que el señor cura y su acompañamiento no dieran una interpretación heterodoxa á sus palabras; doña Celestina, haga usted el favor de arrimarse á este rincón, porque ahí está usted en la corriente.

—Déjeme usted á mí, D. Bonifacio.

El delegado del párroco empezó sus latines, que Bonifacio entendía á medias.

Entendió que su hijo se llamaría decididamente Antonio, no recordaba qué otra cosa, y Sebastián. Sebastián... ¿para qué? En fin, poco importaba.

Las de Ferraz miraban al niño y al cura con la boca abierta, y como quien asiste á una farsa muy chusca; eran creyentes como cada cual, pero en el mundo, para aquellas señoritas como panderetas, todo era una *guasa*, asunto de broma y de castañuelas.

Allí no valía reirse, pero buenas ganas se les pasaba. Marta, madrina, presenciaba la escena con cara de judío: pensaba en la supe-

rioridad de sus ideas personales sobre la vulgar manera de entender la ceremonia que presenciaban aquellas frívolas amiguitas.

De pronto, las palabras que rezaba el clérigo con un tono discreto, suave, de un ritmo eclesiástico simpático, sugestivo, adquirieron verdadero valor musical, como un recitado; porque allá dentro alguien le soltaba los caños de sonidos al órgano, que llenó la solitaria iglesia de resonancias, de chorros de notas juguetonas, frescas.

El nuevo cristiano atravesó el cancel, penetró en la iglesia precedido del sacerdote, en brazos de Sebastián majestuoso. Llegó la comitiva al baptisterio. Los amigos rodeaban á los padrinos; viejas, pobres y chiquillos formaban corro, curioseando y en espera de la calderilla del bateo. Para Bonis, que siguió á su hijo hasta la margen del Jordán de mármol, todo tomó nueva vida, más intenso, armónico y poético sentido. Era que la música le ayudaba á entender, á penetrar el significado hondo de las cosas. El órgano, el órgano, le decía lo que él no acababa de explicarse.

«Pues es claro; la Iglesia es un lince; ve largo; sabe ser madre.»

Las notas del órgano, bajando á hacer cosquillas al recién nacido, al que venía de los cielos del misterio, metiéndosele por las car-

nccitas que dejaban al aire los dedos discretos y expertos de doña Celestina, al descubrir la espalda de la criatura; las notas aladas y revoltosas, eran angelillos que retozaban con su compañero humano, menos feliz que ellos, pero no menos puro, no menos inocente.

Bonis sintió que el rostro de los más indiferentes, hasta el de los pilluelos que esperaban la calderilla, tomaba expresión de interés de cierto enternecimiento. Las luces parecían cantar también al oscilar con ritmo; brillaban más rojas; los dorados del cura y del baptisterio se hicieron más intensos, más señoriles; los monaguillos, tiesos, solemnes, daban indudable respetabilidad al acto. El órgano era el que se permitía seguir riendo, jugueteando, pero legítimamente, porque representaba la alegría celestial, la gracia de la inocencia... Mas en el fondo de las bromas poéticas y sagradas de aquella música de la iglesia, á Bonis, de pronto, se le antojó ver una especie de desafío burlón un tanto irónico. Vamos á ver, decía el órgano: ¿Qué guarda el porvenir? ¿Qué va á ser de tu hijo? ¿Qué es la vida? ¿Importa vivir, ó no importa? ¿Es todo juego? ¿Es todo un sueño? ¿Hay algo más que la apariencia?... Y la música, de repente, la tomaba por otra parte sin lógica, sin formalidad; empezaba á

decir una cosa y acababa indicando otra... Hasta que por fin Reyes notó que el organista estaba tocando variaciones sobre la *Traviata*, ópera entonces de moda. Bonifacio se acordó de la *Dama de las Camelias*, que había leído, y de aquel Armando, que había amado hasta olvidar al *suo vecchio genitor*, como dicen en la ópera, y, en efecto, el organo lo estaba recordando:

«Tu non sai quanto soffri!»

—¡Pobre de mí! pensó Bonis. El hijo puede ser un ingrato. Amará á una mujer más que á mí ciertamente. Yo nací para que no me amen como yo quisiera... Pero no importa, no importa; esta es la ley. Nosotros á ellos; ellos á los suyos ó á las vanidades del mundo. ¡Cosa rara! ¿Por qué no sonaría mal *La Traviata* en la iglesia? Aquello debía ser una profanación... y no lo era. Era que en *La Traviata*, bien ó mal, había amor y dolor, amor y muerte; es decir, toda la religión y toda la vida... ¡Oh, cómo hablaba el órgano de los misterios del destino!... Vuelta á la burla, vuelta á las preguntas irónicas: «¿Qué será de él? ¿Qué será de ti? ¿Qué será de todo?...»

—¿Quién toca el órgano? preguntó Marta por lo bajo á Sebastián.

—Minghetti.

Padrino y madrina sonrieron, mirándose.

—¡Capricho de hombre! dijo la alemana, consagrando al barítono un recuerdo.

Bonis había oído la pregunta y la respuesta.

—«Tocaba Minghetti: ¡oh, bien se conocía que andaba allí arriba un artista! Había sido una atención delicada... Los artistas al fin son poetas...; ¡lástima que suelen ser además unos pillos! Él, Bonis, entre la moral y el arte, en caso de incompatibilidad, se quedaría en adelante con la moral. Por su hijo.»

Ya era cristiano Antonio Diego Sebastián; doña Celestina le había tomado de brazos del tío padrino, y sentada en la tarima de un confesonario, junto á una capilla, rodeada de aquellos amigos y curiosos, se entendía hábilmente con cintas y encajes para volver á sepultar bajo tanto fárrago de lino el cuerpo débil, flaco, de la criatura.

Bonifacio se separó del grupo, y por el templo adelante se dirigió á la sacristía, en pos del sacerdote y sus acólitos. También aquello era solemne. Iba á dictar la inscripción del libro bautismal, á sentar la base del estado civil de su hijo. Mientras Minghetti, por divertirse, continuaba haciendo prodigios en el órgano, iba pensando Bonis por medio del templo: «¡Quién sabe! Tal vez algún día sabios, eruditos, curiosos, vengan en peregrinación á

contemplar con cariño y respeto la página de este libro de la parroquia en que yo voy á dictar ahora el nombre de mi hijo, el de sus padres y abuelos, lugar de su naturaleza, etc., etcétera. ¡Abuelos! Mi pobre Antonio no tiene abuelos vivos; le faltará ese amor, pero el mío los suplirá todos.»

Al entrar en la sacristía, en una capilla lateral, sumida en la sombra, vió una mujer sentada sobre la tarima, con la cabeza apoyada en el altar de relieve churrigueresco.

—¡Serafina!

—¡Bonifacio!

—¿Qué haces aquí?

—¿Qué he de hacer? Rezar. Y tú, ¿á qué vienes?

—Vengo á inscribir á mi hijo, que acaba de bautizarse, en el libro bautismal.

Serafina se puso en pie. Sonrió de un modo que asustó á Bonis, porque nunca había visto en su amiga el gesto de crueldad, de malicia fría, que acompañó á tal sonrisa.

—Conque... ¿tu hijo?... ¡Bah!

—¿Qué tienes, Serafina? ¿Cómo estás aquí?

—Estoy aquí... por no estar en casa; por huir del amo de la posada. Estoy aquí... porque me voy haciendo beata. No es broma. Ó rezar, ó... una caja de fósforos. ¿Sabes? Mocchi no vuelve. ¿Sabes? ¡He perdido la voz! Sí;

perdida por completo. El día que te escribí...; y que no me contestaste; ya sabes, cuando te pedía aquellos reales para pagar la fonda... Bueno; pues aquel día..., aquella noche..., como había ofrecido pagar, y no pagué... porque nó contestaste..., tuve una batalla de improperios con D. Carlos... ¡el infame!...

La Gorgheggi calló un momento, porque la ahogaba la emoción; ira, pena, vergüenza... Dos lágrimas, que debían de saber á vinagre, se le asomaron á los ojos.

—El infame tuvo el valor de insultarme como á una mujer perdida...; me amenazó con la justicia, con plantarme en el arroyo... Yo eché á correr; salí á la calle, como estaba, sin sombrero... Pero volví. Porque lo dejaba allí todo... Mi equipaje, lo único que tengo en el mundo. No sé qué cogí aquella noche, al relente, furiosa, por la calle húmeda... ¡Oh! En fin, la voz, que ya andaba muy mal, se fué de repente... Desde aquella noche canto... como tu mujer. No salgo de la fonda... porque no puedo pagar. D. Carlos me insulta unas veces... y otras me requiebra. Yo no quiero amantes ni altos ni bajos..., porque no quiero..., porque todo eso me da asco. Mocchi no vuelve... A mis últimas cartas ya no ha contestado. Como tú. Sois unos caballeros. Se os

pide cuatro cuartos para no recibir insultos de un miserable..., y no contestáis... No sé dónde ir; en casa me espía mi acreedor, que quiere ser mi amante; en la calle me persiguen necios, me aburre la curiosidad estúpida de la gente... No tengo dinero ni para escapar... ¿Para escapar adónde? Me meto en la iglesia. Esto es mío, como de todos. Tú me enseñaste á sentir así, á querer paz..., á soñar..., á desear imposibles... Aquí estoy tranquila...; y rezo á mi modo. No tengo fe, lo que se llama fe... Pero quisiera tenerla. Los santos, todos esos, aquel San Roque, este San Sebastián con sus banderillas por todo el cuerpo..., aquel señor obispo..., San Isidoro..., todos me van entendiendo. No tengo verdadera religión..., pero por lo pronto... los amantes me dan asco..., no quiero amantes...; esperaré á ver si vuelve la voz..., ó si vuelves tú. Mochi es un mal hombre, un traidor, un miserable...; ya lo sabía, siempre lo supe. Pero tú..., no creí que lo fueras también. Bonis, no me abandones... Yo... te quiero todavía..., más que antes, mucho más de veras. Debo de estar enferma... Me asusta el mundo..., el teatro me horroriza..., el galanteo me espanta... Quiero paz..., quiero sueño..., quiero honradez...; no vivir de farsa... y tener pan que no deba á mi cuerpo alquilado á un desconocido..., á no

sé ahora quién. Tuya, sí. De los demás, no. ¿Quieres?

Bonis, aunque poco formalista en materias religiosas, y á pesar de que las palabras, y el tono, y las dos lágrimas de Serafina le habían enternecido hasta lo inefable, pensó, ante todo, que estaban en la iglesia y que no era el lugar nada á propósito para tal clase de tratos y contratos.

Antes de contestar, miró hacia atrás, hacia el baptisterio, para ver si alguien había reparado su encuentro con la cantante. La comitiva del bautizo había desaparecido. Ni siquiera habían parado mientes en la ausencia de Reyes. Tan insignificante era para todos. Minghetti, sin embargo, seguía embelesado con sus travesuras armónicas en el órgano. Tenía aquella manía: la de hacerse pesado, por broma, cuando se ponía á tocar.

Bonis, con repugnancia por hablar de tales asuntos allí, en el templo, pero compadecido hasta el fondo del alma, y, por otra parte, dispuesto á no abdicar de su dignidad de padre de familia sin mancha, tapujos ni relajamientos de costumbres, dijo con voz que procuró hacer cariñosa al par que firme, y que le salió temblona, balbuciente y débil:

—Serafina..., yo á ti te debo toda la verdad... Yo, en adelante, quiero vivir para mi

hijo... Nuestros amores... eran ilícitos... Debo á Dios un gran bien, una gracia...: el tener un hijo... Ofrecí el sacrificio de mis pasiones por la felicidad de Antonio... Además, estoy arruinado... En el terreno de los intereses materiales... haré por ti... lo que pueda...; ¡ya se ve!... Con ese D. Carlos, que es un judío.., ya me entenderé yo... Pero estoy arruinado... La voz..., tu voz... volverá...

Y aquí, al recordar la voz que él había adorado, Bonis estuvo á punto de llorar también.

Mas el rostro de Serafina volvió á asustarle. Aquella mujer tan hermosa, que era la belleza con cara de bondad para Bonis..., le pareció de repente una culebra... La vió mirarle con ojos de acero, con miradas puntiagudas; le vió arrugar las comisuras de la boca de un modo que era símbolo de crueldad infinita; le vió pasar por los labios rojos la punta finísima de una lengua jugosa y muy aguda..., y con el presentimiento de una herida envenenada, esperó las palabras pausadas de la mujer que le había hecho feliz hasta la locura.

La Gorgheggi dijo:

—Bonis, siempre fuiste un imbécil. Tu hijo... no es tu hijo.

—¡Serafina!

Y no pudo decir más el pobre Bonis. Tam-

bién él perdió la voz. Lo que hizo fuè apoyarse en el altar de la capilla oscura, para no caerse.

Como él no hablaba, Serafina tuvo valor para añadir:

—Pero, hombre; todo el mundo lo sabe... ¿No sabes tú de quién es tu hijo?

—¡Mi hijo!.. ¿De quién es mi hijo?

La Gorgheggi extendió un brazo y señaló á lo alto, hacia el coro:

—Del organista.

—¡Ah! exclamó Bonis, como si hubiera sentido á su amada envenenarle la boca al darle un beso...

Se separó del altar; se afirmó bien sobre los pies; sonrió como estaba sonriendo San Sebastián, allí cerca, acribillado de flechas.

—Serafina..., te lo perdono..., porque á tí debo perdonártelo todo... Mi hijo es mi hijo. Eso que tú no tienes y buscas, lo tengo yo: tengo fe, tengo fe en mi hijo. Sin esa fe no podría vivir. Estoy seguro, Serafina; mi hijo... es mi hijo. ¡Oh, sí! ¡Dios mío! ¡Es mi hijo!... Pero... ¡como puñalada, es buena!—Si me lo lo dijera otro... ni lo creería, ni lo sentiría. Me lo has dicho tú... y tampoco lo creo... Yo no he tenido tiempo de explicarte lo que ahora pasa por mí; lo que es esto de ser padre... Te perdono, pero me has hecho mucho daño.

Cuando mañana te arrepientas de tus palabras, acuérdate de esto que te digo: Bonifacio Reyes cree firmemente que Antonio Reyes y Valcárcel es hijo suyo. Es su único hijo. ¿Lo entiendes? ¡Su único hijo!

FIN

---

**En prensa:**

# UNA MEDIANIA

(PRIMERA PARTE)

Continuación de "SU ÚNICO HIJO."



# OBRAS DE FONDO, DE VENTA EN LA MISMA LIBRERIA

- ALAS (Leopoldo).—Solos de Clarín, un vol. en 8.<sup>o</sup>, nueva edición ricamente ilustrada por A. Pons (en prensa).
- ...Sermón perdido: crítica y sátira: un vol. en 8.<sup>o</sup> ptas. 3,50
- Nueva campaña: id. id.: un vol. en 8.<sup>o</sup> ptas. 3,50
- Mezclilla: id. id.: un vol. en 8.<sup>o</sup> ptas. 3,50
- Pipá.—Novelas cortas: un vol. en 8.<sup>o</sup> ptas. 4
- Folleto literarios: I.—Un viaje á Madrid. ptas. 1
- Idem II.—Cánovas y su tiempo. ptas. 1
- Idem III.—Apolo en Pafos. ptas. 1
- Idem IV.—Mis plagios.—Un discurso de Núñez de Arce. ptas. 1
- Idem V.—A o;50 poeta. ptas. 1
- Idem VI.—Rafael Calvo y el Teatro Español. ptas. 1
- Idem VII.—Museum. ptas. 1
- Idem VIII.—Una polémica: el fin del arte y las pulgas del Sr. Balart (en prensa).
- Doña Berta; Cuervo; Superchería: novelas cortas (en prensa).
- AMICIS (Edmundo de).—Corazón (Cuore), traducción de Giner de los Ríos: un volumen en 8.<sup>o</sup> ptas. 3,50
- Infortunios y amor (La novela de un Maestro): un tomo en 8.<sup>o</sup> ptas. 4
- Combates y aventuras (segunda parte de La novela de un Maestro). ptas. 4
- CAMPOAMOR (Ramón de).—El amor ó la muerte.—Cómo rezan las solteras: poemas; un vol. en 8.<sup>o</sup> ptas. 1
- El anillo de boda.—La orgía de la inocencia: poemas.—El buen ejemplo: doctores. ptas. 1
- Humoradas: un precioso vol. en 8.<sup>o</sup> ptas. 3
- Los amores de una santa: poema. ptas. 1
- El licenciado Torralba: poema en ocho cantos; un vol. en 8.<sup>o</sup> ptas. 3
- CÁVIA (Mariano de).—Azotes y galeras, con dibujos de A. Pons: un precioso volumen en 8.<sup>o</sup> ptas. 3,50
- Salpicón (en prensa).
- Bronce, porcelana y barro (figuras inéditas, en preparación).
- DAUDET (Alfonso).—Safó (costumbres de París), tercera edición: un volumen en 8.<sup>o</sup> ptas. 3,50
- El académico (*L'immortel*); versión española: un vol. en 8.<sup>o</sup> ptas. 3,50
- DICENTA (Joaquín).—Tinta negra, ilustrado por Muñoz Lucena (en prensa).
- FRONTAURA (Carlos).—Las tiendas (diálogos humorísticos), cuarta edición aumentada. ptas. 3
- HOLTZENDORFF (F. von de).—Principios de Política: traducida del alemán y anotada por los Sres. Buylla y Posada, catedráticos en la Universidad de Oviedo: un grueso vol. en 8.<sup>o</sup> mayor francés. ptas. 8
- LÓPEZ BAGO (Eduardo).—La torería.—Luis Martínez el espada (en la plaza), novela social: un vol. en 8.<sup>o</sup> ptas. 3
- MAUPASSANT (Guy de).—Las termas de Monte-Oriol; versión española de E. de Olavarría: un vol. en 8.<sup>o</sup> ptas. 3,50
- Una vida (novela); traducción de E. Olavarría: un vol. en 8.<sup>o</sup> ptas. 3,50
- MILLÁN (Pascual).—Corazón y brazo (novela); ricamente ilustrada por nuestros primeros artistas. ptas. 3,50
- PALACIO (Eduardo de).—Cuadros vivos (á pluma y al pelo), ilustrado por Angel Pons. ptas. 3,50
- RESASCO (F.).—En las riberas del Plata, traducción del italiano, por D. Antonio Sánchez Pérez: dos tomos en 8.<sup>o</sup> ptas. 7
- SOBAQUILLO.—De pitón á pitón, con prólogo de Mariano de Cavia, ilustraciones de A. Pons; un precioso volumen en 8.<sup>o</sup> ptas. 3,50
- TABOADA (Luis).—Madrid en broma: un precioso volumen en 8.<sup>o</sup>; ilustraciones de A. Pons. ptas. 3,50
- La vida cursi, ilustraciones de A. Pons (en prensa).
- ZOLA (Emilio).—El ensueño (*Le Rêve*), traducción de C. Malagarriga, segunda edición: un vol. en 8.<sup>o</sup> ptas. 3,50

ENCHUFAJE Y UNION

EUROPEA

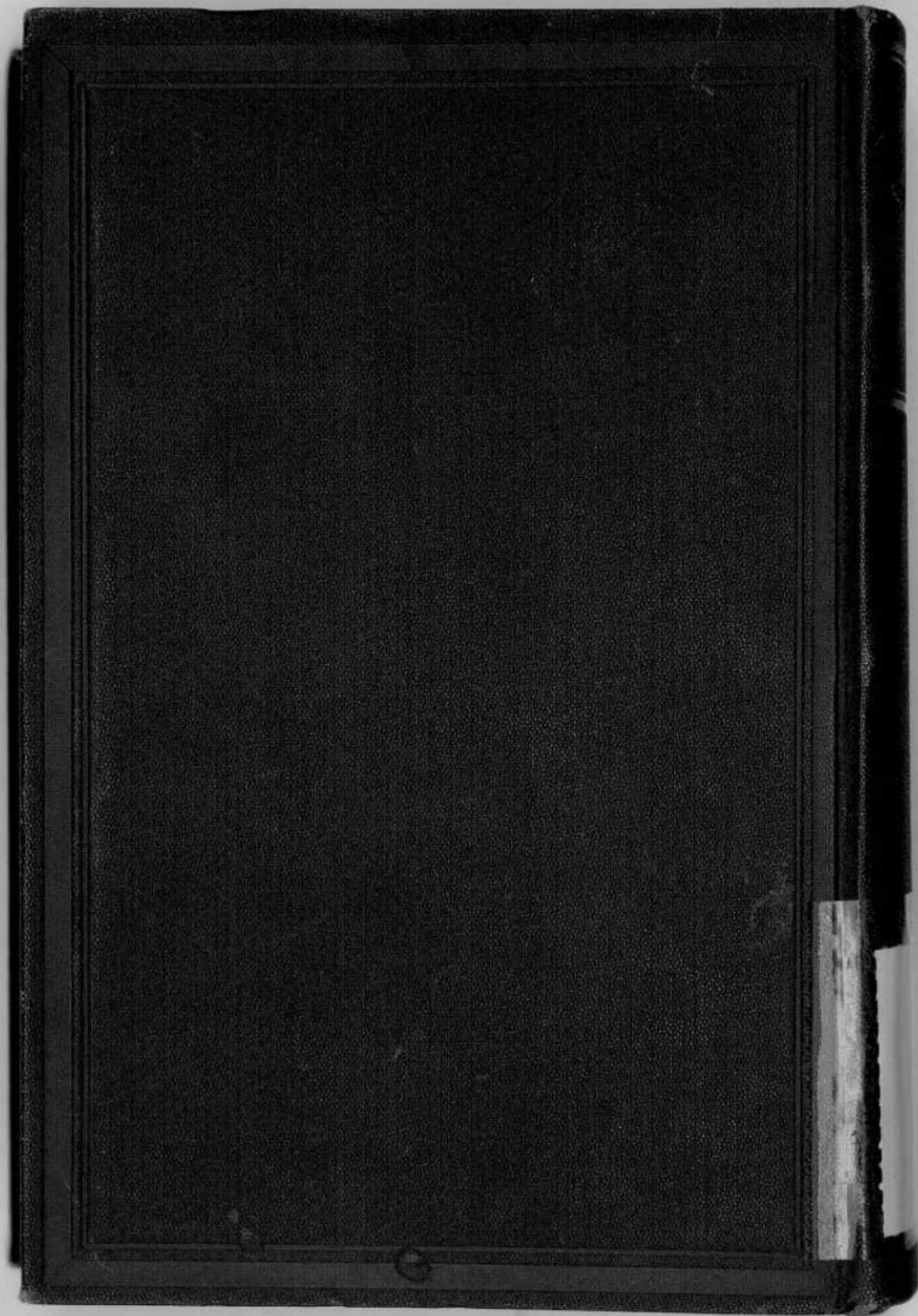
San Antonio 80.







Devambez, Paris



ALAS

—

SU ÚNIKO

IJO

—

G 222009